

JESÚS RUIZ MANTILLA

Al día



Galaxia Gutenberg

Jesús Ruiz Mantilla (Santander, 1965) es escritor y periodista. Ha ejercido su oficio en el diario *El País*, desde 1992. Allí es cronista musical desde mediados de los noventa y ha pertenecido a los equipos de la sección de Cultura, el suplemento de cine *El Espectador*, *El País Semanal* o *Babelia*, publicaciones donde escribe asiduamente. En 1997 apareció su primera novela *Los ojos no ven*, una intriga con el mundo de Salvador Dalí de fondo, seguida de *Preludio*, la historia del pianista León de Vega, obsesionado con la obra de Chopin. Con *Gordo* consiguió el premio Sent Sovi, de literatura gastronómica, una obra a la que siguieron *Yo, Farinelli, el capón* (reeditada por Galaxia Gutenberg en 2017), el ensayo *Placer contra placer* y la trilogía sobre el siglo XX radicada en Santander y Cantabria compuesta por *Ahogada en llamas*, *La cáscara amarga* y *Hotel Transición*. En 2015 Galaxia Gutenberg publicó *Contar la música*, libro que recoge su experiencia como cronista musical en el diario *El País*.

Si tus hijas te regalan un cuaderno en blanco y eres escritor, debes devolvérselo con algo especial. Es un reto que un autor no le desea a cualquiera, pero que le obliga y le exige más de lo que está dispuesto a darse a sí mismo. Por su cincuenta cumpleaños, Paula y Cristina dejaron a su padre, Jesús Ruiz Mantilla, el autor de este libro, precisamente eso: un cuaderno en blanco. Al cabo de dos años, él se lo devolvió con poemas y un diario. La poesía era un género que no se había atrevido a abordar a fondo antes, más que en alguna tímida tentativa que no había cuajado. Algo verdaderamente raro en una carrera dedicada al periodismo, la novela y el ensayo. Decidió entremezclarlo con un diario donde refleja el calibre de su atrevimiento. También da noticia de los tiempos convulsos y sus vidas cambiantes, la relación paternofilia, sus reflexiones literarias, políticas, artísticas, musicales, periodísticas, viajeras. El amor, la amistad, la celebración de la vida y el temor por los riesgos que entraña la incertidumbre presente en un documento híbrido y transversal que busca hermanar géneros y vivencias.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo de 2018

© Jesús Ruiz Mantilla, 2018
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018
Imagen de portada: © Daniel Mordzinski

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17355-44-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Paula y Cristina,
por retarme*

Viernes, 21 de octubre

Justo en el filo de los cincuenta y un años, quiero hacer justicia a un regalo. Al cumplir medio siglo, hace once meses ya, mis hijas Paula y Cristina me entregaron este cuaderno. Intuyo que se trataba de una provocación. Mejor dicho, me lo dejaron claro. Querían que les escribiera algo. Aun, a riesgo de haber parecido desdeñoso, lo dejé encima de la mesa del escritorio, retándome discretamente, aunque con insistencia. Debía convertir estas hojas cuadriculadas y vírgenes en un testimonio digno, especial. Pero confieso haber pasado todo este tiempo contemplándolo aterrado. Debía mostrarme a la altura de sus expectativas. Desde niño se retuerce dentro de mí una insistente llamada que no identificaba claramente como poética. Rehuía sus señales. Los balbuceos apenas acababan en esbozos sin proyecto más allá de algunos versos sueltos. Soy un aficionado a su lectura y la recomiendo como inspiración y carburador de cualquier tipo de escritura, incluso del periodismo. O, mejor, debo decir: a día de hoy, más que nunca, del periodismo. La poesía es, ante todo para mí, la indagación permanente en el lenguaje. Y en esta época de lugares comunes, listas chuscas para ganar audiencia en internet e imperio del eufemismo, no hay mejor medicina que la guía y el marco poéticos. Cuando desde el poder se impone el espejismo de la propaganda revestida por lo que, prostituyendo el término, llamamos comunicación, es la verdad del lenguaje desnudo de la poesía la que debe apuntalar y reforzar el periodismo. Ayer, mientras conducía hacia Burgos para mantener una conversación pública con el filósofo Gilles Lipovetsky, un fogonazo me alumbró: ¿y si mezclara en este cuaderno diario y poesía? ¿Seré capaz de encontrar una fórmula que retroalmente ambas formas? Los poetas que prefiero encuentran su luz en el tesoro de lo cotidiano. ¿Podré dignificar los días de este presente sitiado en algo por lo que merezca la pena levantarse? Y, sobre todo, ¿les gustará a ellas?

Ligero

Si el deseo de ligereza
no acarreará tanta pesadez.
Si el bello diseño de nuestros iPhone
no demudará en crucifixiones
de esclava ansiedad.

Si me librara de todos
estos kilos de más.
Si el diablo que nos empuja
a tener, no alterara
la noble aspiración
de, sencillamente, ser.

Volaría a enmendar
los errores que empañan
día a día mi arbitraria madurez.

22 de octubre

Apunté ayer que estuve en Burgos conversando con Lipovetsky. Acaba de aparecer en Anagrama su libro *De la ligereza*. Pocas veces he tenido la sensación de cómo me describían el presente de manera tan certera. Dice (más o menos) Lipovetsky que la conformación de un mundo en que impera la búsqueda de la ligereza por razones económicas y ecológicas, entre otras, impregna de ese mismo concepto el arte, la cultura, la manera de vivir. Aunque es esa obsesión por el concepto lo que provoca, paradójicamente, una profunda pesadez. Fascinante. He pasado unas cuantas semanas leyendo al autor con placer. No sólo este último *De la ligereza*. También *La era del vacío*, *El lujo eterno...* Después del acto, nos fuimos a cenar. Me cuenta que en Francia, algunos lo consideran un filósofo de chichinabo, que sufre un desprecio de varios círculos universitarios y académicos equivalente a su pasotismo ante ellos. Mientras leía su libro, comenzaba una dieta salvaje, basada en proteínas. He entrado en fase de cetosis: un proceso que provoca, ante la ausencia de glucosa e hidratos, la quema indiscriminada de reservas, es decir, grasas, y no produce apenas hambre. Lipovetsky se ha mostrado solidario y verdaderamente interesado. Un tipo tan cercano como simpático y contundente. Hace más de treinta años predijo en *La era del vacío* teorías sobre el hipernarcisismo que han acarreado inventos como Facebook. ¿No tendrá esta dieta algo que ver con ese cultivo del ego?

Ayer también nos reunimos con Alfonso Aijón. Estuvimos Věra, Manolo Gutiérrez Aragón y servidor. Le propusimos hacer un documental sobre su vida y aceptó encantado. La decisión, tan natural, ha sorprendido a Ángela, su esposa. Aijón es una especie que se extingue. Se ha encargado de armar la estructura de ciclos musicales que impera hoy en España con su empresa Ibermúsica. Es algo que ya inventó medio siglo y a lo grande. Ha conseguido traer a España asiduamente a las mejores orquestas, directores e intérpretes del planeta durante tres generaciones. Hoy tiene ochenta y cinco años pero

sigue con sus excursiones anuales al Himalaya. Y es que antes de haber asentado lo que en buena parte representa un modelo para la música que imitan desde el sector público y privado, Alfonso tuvo una vida, eso, de película: fue enterrador, periodista, escapó dos veces de la muerte en accidente de avión. Disponemos de tres años o así para hacerlo. Además, supondría el regreso de Gutiérrez Aragón al cine. Věra y yo estamos entusiasmados con la idea y aunque Manolo no lo demuestre, también. Si no, no sería él. El documental representa en este caso una doble hazaña: que Aijón, de natural discreto, haya aceptado es una. Pero que Manolo se haya metido, también.

Frontera

(Lavapiés)

Hombres del saco, flores en la plaza.
Sonámbulos borrachos.
Bohemios desafiantes.
Ecos de tambor, palmas al aire.
Niños que son príncipes de la calle.

Comercios vintage.
Tiendas para mi madre.
Locutorios donde vibran
todos los acentos.
Droguerías de tóxico perfume,
con su efluvio entrañable.

Alfombra de orín
para la acera cosmopolita
que acoge nuestras pisadas
y otea los rumores
que confunden el barrio
en su encrucijada
de vecinos y caminantes.

23 de octubre

Llevamos en la calle Colegiata más de veinte días. Nos acabamos de mudar, como quien dice. Hoy es domingo y llueve. Hasta ahora hemos vivido en Lope de Vega, barrio de las letras, a una manzana de donde está enterrado Cervantes y a tiro de piedra de donde vivió él al final de sus días, próximo al propio Lope y también a Quevedo y Góngora. Hemos cambiado ese amable vecindario *radical chic*, que diría un italiano, *bobo –bohemian bourgeoise–* para los franceses, *jipijo*, aquí, en Madrid, por la contundencia de esta frontera. Nuestra casa queda en el vértice que une el antiguo barrio con La Latina y Lavapiés, en plena plaza de Tirso de Molina. Un cruce donde se alternan subsaharianos con carga de top manta envuelta en sacos rumbo a la Gran Vía y alrededores, chinos, magrebíes, latinoamericanos, una buena porción de población gay, estudiantes, auténticos representantes de la raza caló, activistas, okupas, tendencias ideológicas en ascenso y declive, dependientes de *boutiques* y tiendas al por mayor, comercio de toda la vida, carnicerías, fruterías, pescadería de ensueño, casquería, incluso... Restos de quienes han habitado el barrio desde siempre –que llevan cara de aceptar, pero no entender apenas nada– con la explosión permanente del cambio. Para enterarse de lo que es el mundo de hoy, conviene darse una vuelta por aquí. No digamos vivir, entonces formas parte de este hábitat excitante y convulso, con un punto más de clarividencia. Me dispongo a ser testigo. Sé que es algo que de muchas formas me ayudará a entender. Nos ha alquilado la casa nuestro amigo Javier Rioyo. Va a pasar al menos tres años en Lisboa como director del Instituto Cervantes. Al quedar viudo de nuestra adorada Celia Davara, con el luto latente, la casa se le caía encima. Está atravesada por la luz, tiene un salón amplísimo abierto a la cocina y el pasillo, dos fantásticas habitaciones y una terraza desde la que divisamos la Almudena, ese horror, la sierra noroeste y la llanura sureste, en un eje amplísimo, panorámico, envolvente. Los fines de semana, de noche, se mezclan y se encuentran una buena muestra de sonidos: la

juerga flamenca emerge de los alrededores de la plaza de Cascorro, el murmullo de los tambores africanos, del corazón de Lavapiés. A veces, piden paso los Hare Krishna y algunas sirenas permanentes. A Věra y a mí nos subyuga ese poderoso magnetismo dinámico de lo transformador, de la metamorfosis. Ese cosmopolitismo de supervivientes recién llegados, aunque siempre de paso, no se sabe bien hacia dónde. Hemos desenvuelto las cajas en una semana: tiempo récord. Falta rematar el orden de la biblioteca, recuperada tras meses de abandono en un trastero. Esta separación forzada de mis libros ha durado ya demasiado tiempo. En la nueva casa, sobran estanterías. Javier es letraherido, como nosotros. Los coloco con el mismo mimo con que uno arropa al hijo pródigo cuando regresa a casa.

Lluvia

De niño creo que me entristecía,
pero sentí su ausencia en la meseta.
Supe entonces que su armonía
de continuo y fértil fragmento
corre dentro de mí, marca su senda.

Me alegra recibir la lluvia.
El prólogo de las nubes construye
esa sonrisa de bienvenida regeneración.

Celebro su idilio con las aceras, tanto
como su difusa presencia en la playa.
Siempre quedo atento a la resonancia
que emprende con las hojas,
cuando llama a la puerta de los parques.

Me río ante el fastidio que provoca
a quienes la detestan.
Envidio a los amantes empapados,
que se atreven con el desafío de los besos.
También la alegría de Gene Kelly,
el chapoteo y su paraguas,
como perfecta pareja de baile.

Disfruto con el desconcierto
de aquellos a quienes sorprende,

sin guarida, sin gabardina,
sin rastro de cobijo en los soportales.
Constato la gratitud de las flores
y de las plantas al recibirla...

Amanece este domingo.
Y el metal amable del cielo
sobre Madrid me devuelve
al cobijo de mi infancia.

26 de octubre

Sevilla...

Nos fuimos a Sevilla para presentar *Hotel Transición*. Me hizo el honor Fernando Iwasaki. Admiro a ese cabrón. Es un estilete de palabras, maestro del cuento, soberbio novelista, agudo pensador. Aparte, un laboratorio de mestizaje andante: abuelos japoneses, antepasados ecuatorianos, italianos, españoles. Hijos andaluces. Dirigió la Fundación de Cristina Herren, una escuela internacional de flamenco fundada por una multimillonaria estadounidense enamorada del género. De ahí ha salido, entre otros, la gran Rocío Márquez. Ahora, Iwasaki enseña en la Universidad Loyola. Su literatura es precisa, llena de chispa, deudora a partes iguales de Cortázar, Borges, Rabelais, Cervantes o Jaroslav Hašek. Mantiene en tensión permanente una prosa precisa, tan medida como exuberante. Domina multitud de hablas y acentos, es un radar de oído transversal y lenguajes de la calle. En sus historias, se mueve con la misma destreza entre el lumpen y los palacios. Los salones de té y los burdeles. Me tentó: «Quiero hacer un grado de artes escénicas. ¿Por qué no te doctoras en algo y te ficho?». Puede que hasta siga sus consejos en ese camino. Desde hace tiempo necesito cambiar de aires. Siento la necesidad de despejarme de nimiedades para concentrarme más en la escritura. Por la tarde comencé mis clases en el máster del CEU. Siete años ya, si no me equivoco, a los que sumo diez en la escuela de *El País*. Disfruto con la docencia, me garantiza una reposada reflexión. Necesito cada vez más alejarme del ruido. No me conviene. No nos conviene.

Ellos

(Los libros)

Inquilinos de mi alma, acervos de mi piel.
Arquitectos de conciencia.
Pregunta multiplicada que reta
cualquier sombra holgazana de ignorancia.

Impregnáis mis ojos, excitáis la soledad.
Retáis la indolencia desde las mesitas.
Altivos, reposados...
Desde la atalaya de las estanterías,
lanzáis la tentación del vicio sin castigo,
que dice Valéry Larbaud.

Os abandoné en la oscuridad
de un trastero.
Ganó la partida el remordimiento.
Volví a encontrar espacio digno.
Cama y comida,
para que viváis siempre conmigo,
bajo la insobornable promesa
de aumentar la familia.

El azar nos hizo emparentar
con unos hermanos checos.
Hoy conversáis en medio
de este Babel de paredes,
pensión de caprichosas procedencias,

en vuestro asilo políglota...

Hijos de la duda,
me confieso ante vosotros a diario.
Jugamos, bailamos, discutimos.
Vivo con lo que de cada uno
de vosotros cogí prestado...

29 de octubre

¡Tenemos Gobierno!

El mismo.

Casi un año de *impasse*, con Mariano Rajoy de brazos cruzados, esperando su turno, numerito en mano, como en la cola de la carnicería o la seguridad social, sólo que fumándose un puro y hojeando puntualmente el *As* y el *Marca*. El PSOE le ha regalado el Gobierno. De paso le sirve en bandeja su alma partida en dos. El Ibex 35 y la mayoría de los medios han sido implacables. Ya no existen los periódicos con el grado de independencia que conocíamos hace algunos años. Otra cosa es el periodismo independiente... Ese aun se las arregla para sobrevivir. Trata de seguir abriéndose hueco. Aunque bajo un desconfiado control permanente. Sabe que, a costa de medios mamporreros y una rémora de recalcitrantes sin idea de ejercer el oficio, encuentra su rendija. Todo sigue igual, entonces. El cambio que, muchos creían, no tardaría en aflorar debe producirse con paciencia, a su debido tiempo. Le cuesta ganar confianza. La regeneración por la derecha (Ciudadanos) ha hincado la rodilla demasiado pronto ante el partido más corrupto de la democracia: no hace falta repetirlo, el PP. La de la izquierda, anda verde. Pablo Iglesias, con su mochila populista de dogmas y ese infantil –o demasiado hipotecado– empecinamiento en no condenar la barbarie de Nicolás Maduro en Venezuela, aun le lastra, no convence. El PSOE muere. Las próximas elecciones dirán hasta qué punto, si no reacciona. Se han descuartizado entre ellos. Triste barandilla desde la que se vislumbra un posible final. La regeneración de la izquierda pasa por una convergencia entre jóvenes callejeros, veteranos más arreglados y seso algo pragmático que costará trabajo unir. Se pierden en echarse en cara quién es más puro. La derecha, no. Joven o vieja conoce la esencia de su identidad o su lugar en el mundo: el poder. Ahí lo tiene en sus manos. De nuevo.

Política

Cuna de ideales, tumba de desengaños.
El pragmatismo asegura su perpetuidad
y elude anhelos poco prácticos.

Un gen soñador la alimenta.
Bajo sospecha, subido a ella,
acaba por descarrilar.

Depende del fuselaje de lo palpable.
Se entrega a los números,
despista con sus disfraces.

No atiende a reclamos.
Tuerce la senda pactada.
Escupe al bien común.
Se alquila al poderoso.
Y aun así, conscientes,
seguimos su juego.

Nos enzarzamos en debates.
Alzamos la vista en medio
de la nube abstracta.
Confianto...
En eso que muchos llaman,
tan sólo, la medida de lo posible.

30 de octubre

Fuimos a la ópera Paula y yo. Vimos *Norma*. A sus dieciocho años, me dice que es su favorita. La había disfrutado en el cine interpretada por Sonya Yoncheva. Cayó rendida ante ella. Antes, en el viaje que hicimos en agosto a Londres, habíamos tenido el privilegio de entrar en el ensayo de la puesta en escena que ella protagonizó. Fui a hacer un reportaje con Àlex Ollé, de La Fura dels Baus. Ha inaugurado con este título la temporada del Covent Garden. Pero este montaje casposo del Real no le llega ni a la suela. Se basa en una estética burda, con referencias bastardas a *Juego de Tronos* (para mí, una obra maestra del espectáculo contemporáneo), difícilmente trasladable a cualquier otro ámbito, porque corres el riesgo de que te salga muy hortera. También tiene algo de fantasía inspirada en estanterías de súper chino, como atendido por Gandalf de *El señor de los anillos*. Banal. Las voces, además, olvidables, planas, apagadas, sin mayor matiz que la tendencia a la dormidera o un vasto exceso germánico alejadísimo del belcanto romántico de Bellini aportado por el tenor en claro declive Gregory Kunde. Espantoso en su conjunto. Naftalina, un regüeldo venido de malas digestiones del pasado que resulta muy raro en la coherente apuesta por la puesta a punto que le va imprimiendo Joan Matabosch al real. Pero todos tenemos un mal día y se lo digo con cariño, porque sabe que lo aprecio y admiro su trabajo como director artístico. Sólo ha merecido la pena por el hecho de que Paula me acompañara. Se ha ido aficionando poco a poco con Cristina, que le ha costado algo más, pero ha entrado por el aro. Aunque en esta época, exista apenas un nombre mágico que cuente para ella: Alfred Hitchcock. Sea lo que sea, es un lujo compartir mi vida con las dos. Son curiosas, tolerantes, encarnan cierto desmedido fanatismo artístico alentado desde la cuna. Leen asiduamente, van al cine, al teatro, adoran la música, saben comer y beber, disfrutan de la compañía inteligente, venga de donde venga. Son un bardal de desorden, como su padre también. ¿Quién ansía la perfección?

Una llama

(Ideas robadas a Octavio Paz)

Para expresar el amor
ojalá bastara esta cópula de sonidos.
Dice el maestro:
La poesía erotiza el lenguaje.
Es la otra voz.
Capricho al servicio
de la vida y la muerte.

El murmullo metálico de Eros
es un pararrayos.
Aun así, incendiamos las camas
con la música del orgasmo.
Ese feroz cortocircuito, unificado en Babel.
Mero prólogo que previene
y alienta la transgresión,
la redención, el castigo...

Nos acoplamos a una quimera inmortal
que prende, así, contemplativa,
y termina en semilla de líquido inflamable.

Amor, camino de encuentro
hacia soledades fundidas.
¿Cuál es tu más noble sentido?
El viaje, desde el sacrificio sin virtud,
hacia la libertad cómplice de la persona amada.

31 de octubre

Goyo nos ha dejado a *Norma*, su preciosa alaska malamute. Acostumbrados a *Lula*, nuestra pequeña y manejable Schnauzer, es como meter un oso en casa. Menos mal que, a sus once años, se ha vuelto algo más sociable. Pero padece un síndrome de hija única tremendo. *Norma* es joven, poco más de un año, y nos ha puesto la casa patas arriba en quince minutos. No ha parado de dar vueltas sobre sí misma y con nosotros detrás hasta que ha encontrado su sitio. Acercándose, oliéndose, tanteándose, una hora después, más o menos, ambas han llegado a un acuerdo razonable sobre su propio terreno. *Norma* entró en la vida de Goyo poco después de morir su padre. Amansa su perfil de lobo solitario. Pero es el mejor de los amigos y el jefe más brillante que he tenido jamás. Ante las crisis y las estrecheces ha sido mi pañuelo y mi colchón. Él es mi querido amigo fraterno desde que nos conocimos hace treinta años en la Facultad de Periodismo. En el trabajo nos ha forzado a traspasar nuestros propios límites con motivación y máxima exigencia. Hemos explorado, disfrutado y sufrido el periodismo, juntos. No he huido jamás sus retos, convencido de que me los planteaba para hacerme cada vez mejor. Y él ha sabido encajar muchas de mis feroces críticas y más locas sugerencias. Hemos discutido como porteras aunque con el convencimiento de que después lo zanjábamos con una broma, un abrazo, un brindis. No conocemos entre nosotros la palabra rencor. Sí solemos aplicar el arte de la franqueza. Digo arte, porque aquellos que la consideran un desagradable desahogo y con eso basta se equivocan. Para nosotros es una manera transparente de decir que implica la voluntad de cambiar una posición. La franqueza como vía de negociación. Hay que aceptar la verdad de cada situación, por mucho que duela, para tratar de enmendar errores. De Goyo aprendo a cada paso esa virtud, esa destreza ante la vida y muchas más cosas. Me fío permanentemente de su sexto sentido, nos reímos del mundo y de nosotros mismos para empezar y acabar el día. Somos dos hijos únicos fundidos en esa fraternidad que ya

quisieran para sí muchos hermanos. El verano se resiste a claudicar. Leo a Octavio Paz y divago...

Cumpleaños

Tres de noviembre:
un azar biológico
me expulsa a este mundo.

Pasa el tiempo.
Convives con el desprecio
de los días.
Apuras el zumo de ciertas horas.

No recuerdo por qué
perdí la ilusión de los cumpleaños.

¿Volverá cuando apriete
la tinta difusa de la vejez,
como victoria ante lo inevitable?

Desapareció aquella certera emoción.
Entonces fui consciente
de no ser ya aquel niño.
Ahora llega el día
y me cuesta caer en la cuenta:
30-40-50...

Una época supe con certeza
en qué espacio del calendario caerían.
Pasó el tiempo en que jugaba

a adivinar la incertidumbre.

Pero jamás regresó la felicidad del niño
a quien despertaba aquella persiana oxidada,
veía entrar la luz del señalado día,
o el oleaje de las cortinas
previo al beso de su abuela,
al juguete de su madre,
la caricia del padre,
la algarabía de las tías,
los caramelos a repartir
en el colegio.

Y aquel disfraz de Daniel Boom...

3 de noviembre

Mi cumpleaños. Debo desvelar a mis hijas el secreto del cuaderno que va tomando forma en este híbrido de diario y poesía. Por la tarde, llega mi madre para la celebración familiar. Ayer fui al hospital. No podía soportar más este dolor en el pie derecho. ¡Tienes gota, *pringao!*

Hola, odio, buenos días

La negra luz de la esperanza
sale por la puerta.
Entra el rencor,
envuelto en su dorada transparencia.

Hola, odio, buenos días.
Te esperaba.

Empezabas a asomar
entre las temblorosas
espigas de las praderas.
Silbaba tu eco desde las simas de piedra.

No hace tanto, sonreíamos reconfortados
entre aquellas palabras de hermandad.
Hoy, el insulto escupe su amenaza.
Los escasos rayos de sol
que ganaban su partida a la penumbra
se repliegan, confusos, a purgar la derrota.

Recuerdo impotente
los versos del poeta Holan:
«Este es el tiempo
en que sirven
chocolate a la ira
y ternura al odio».

Dormíamos un sueño justo.
La pesadilla acecha.
A lo lejos, vislumbramos
como el capitán Ahab,
impregna de sal las heridas
sobre la terrible ballena,
sostenido entre sus apolilladas muletas.

También los ecos del coronel Kurtz,
protegido por sus lunáticos hijos de la selva,
mientras susurra: El horror, el horror...
Esa certeza, tan real que golpea
nuestros temores a gruñidos,
escupe muros y augura dolor a mares
con su escombros de sangrientas promesas.

9 de noviembre

Apenas una semana atrás cumplí cincuenta y un años. Jamás había entrado en ninguna edad con tan mala pata. Para empezar, cristalizó en mi pie derecho este ataque de gota que conté antes, el primero en mi vida. Hace tres días, una subida de tensión me oprimía el pecho y me fui a urgencias. Me he tirado 72 horas ingresado, prueba tras prueba. No tengo nada, felizmente. Las arterias limpias; el corazón, sano, la tensión ha vuelto a su sitio. Un susto, comprendo que necesario. Un exceso de prevención por la herencia genética de unos padres a los que han acechado las cardiopatías. Eso sí, debo cambiar la dieta. El exceso de proteínas descompensado me ha quitado de golpe 15 kilos en poco más de un mes, pero ha descuajeringado el resto. Saldré de la cetosis e iré más lento.

By the way: ha ganado Donald Trump. No peco de soberbia si confieso que lo veía venir. Cuando estuve en abril en la Universidad de Iowa, recuerdo que en las casas de cualquier barrio, colgaban carteles de apoyo a él o a Bernie Sanders, el líder demócrata más radical. Eso te hacía pensar en que el asunto quedaba entre opciones subidas de tono, alejadas de la moderación que provoca recelos ante candidatos considerados del sistema, como la distante Hilary. ¿Qué hubiese ocurrido si frente a este macarra populista, los demócratas colocan a un Sanders combativo, que recogía votos entre los jóvenes y las capas más castigadas de la sociedad? Pero eso ya no importa. Es desiderátum. Política ficción. Esta es la realidad: ¿no se repite la historia de nuevo y de una manera si quieres más histriónica, que con Bush y Al Gore? La pantomima, allí, consiste en ser aupado por las oscuras fuerzas del más siniestro establishment y decir que eres un *outsider*. ¿No era Bush parte del sistema? ¿No lo es este Trump, empresario, cuáquero, sinvergüenza sin careta? De todas formas, con un frío análisis, hay que decir que quien ideó su advenimiento es un genio. Desde hace meses vengo convenciéndome de una teoría que no se me va de la cabeza y he cotejado con varios amigos expertos

en campos a los que se refiere el asunto. Los, en balance, brillantes años de Obama –plagados de inquietantes sombras, como la del tema de la NSA, apenas explicado, o el inapelable desguace industrial de zonas deprimidas sin rendijas de futuro– han supuesto el triunfo, consolidación y rápido ascenso al poder real de nuevos elementos fácticos. Han irrumpido por arriba las empresas tecnológicas con una sede propia: esa Roma moderna, instalada en California y llamada Silicon Valley. Han derrotado a los cuadros de otras partes del país y a las tradicionales preferencias de Washington que encarnaban las energéticas y las industrias de defensa, lastradas por la escalada bélica de la era Bush. O las inmobiliarias y Wall Street, aquejadas del *crack* de 2008... Pareciera que Obama fue aligerando esas hipotecas y dando entrada a una apuesta de modernización y de cambio de paradigma también en lo económico. La que representaban estas empresas lideradas por una generación, además, más joven. El cambio implicaba también una nueva mentalidad, aunque con idéntica hambre de influencia. ¿Cuál era la manera, la salida que les quedaba a los viejos poderes derrotados y de capa caída para volver triunfantes a influir, como siempre, en la órbita política? ¿Cómo, además, doblegar y minimizar la herencia de una cristalina gestión llevada a cabo por un presidente que cuenta con bazas para colocarse en la historia a la altura de Lincoln y Kennedy? Recurriendo a esa corriente que tan buenos resultados daba fuera, tanto en Europa como en América Latina: un burdo populismo ataviado de inventos en reguero a través de noticias falsas, de miedos simplones, impostado orgullo. Una estrategia capaz de defenderse contra viento y marea, sacando jugo al victimismo, al espejismo raquíutico de la grandeza, fomentando la machada, el improperio, la amenaza, el odio y el rencor agazapado de las clases medias. Estaba ahí, apagado. Sólo había que encenderlo. Y era fácil si además controlabas ciertos medios, con la ironía de que los propios inventos de esas tecnológicas –Facebook, Twitter y Google– podían volverse en contra de sus propios inventores. Encima no había que gastarse mucho dinero, porque en Trump, viene de fábrica. El suyo ha supuesto un triunfo al revés de la transparencia. Una mentira imposible de creer, que subsiste así mejor resguardada. Nos queda la esperanza de que el discurso para alcanzar el poder sea falso. El consuelo de la Realpolitik para evitar el

colapso planetario. Fíjate donde hemos llegado. Ayer leí un brillante artículo en *The New York Times*. Se titulaba «*Brexistential Dread*». Lo firmaba Simon Critchley y hablaba de una enfermedad angustiosa que reconcome el mundo tras el referéndum británico: el *brexistencialismo*. Lo podríamos traducir así. No pedimos estar ya seguros de nada. La inquietud, la angustia nos viene causada por esa escalada ruidosa en las calles y silenciosa en las urnas de quienes se toman la revancha votando azuzados por el miedo, la ignorancia y esos trampantojos que convencen –como ya pasó en la Italia de Berlusconi– de que todo un monstruo salido del sistema es un antisistema. Tengo miedo.

Gracias

Cada mañana, al despertar,
todo rastro de desesperanza
queda en suspenso
cuando contemplo, desnuda,
tu serena, firme y geométrica belleza.

La poesía es, a veces,
ese unguento provisto
de prosa en telegrama
que tú siempre aniquilas,
cada vez que apareces
silente, toda cuerpo.

Qué es, sino, un pasmo.
El salto al vacío de la emoción
hacia el probable salvavidas del lenguaje.

15 de noviembre

Aún algo convaleciente y atento a los cambios de la cetosis. La tensión en su sitio. Me duele un poco la cabeza, pero, basta de salud. Ayer presentamos la novela de Marta, *Las uvas de la hidra*. Triunfó. Se le había ocurrido que yo la acompañara en la mesa, para disipar dudas ante quienes nos conocen de lo bien que hemos hecho las cosas después de nuestro divorcio. Dije que sí. Primero por el pasado de veinticinco años juntos que nos une, hoy de otra forma. También como homenaje a su ejemplar reinvenición. Y, sobre todo, por nuestras hijas. Fui breve. Simplemente expliqué que aunque todos los divorcios se parecen, hay algo que diferencia a los que ocurren entre escritores. Llega un día en que una parte le dice a la otra: «He escrito una novela». Y te echas a temblar. Sabes positivamente que se trata de una obra de expiación, de cuentas y que, generalmente, saldrás mal parado. En mi caso, más aun, después del daño que le hice. El caso es que cuando la acabó, me dejó leerla antes de pasársela al editor e incluso aceptó mis consideraciones. No tenían que ver en absoluto en lo que a mí, de refilón, me afectaba. Ese personaje..., ese fantasma que aparece en sus páginas, ha sido tratado con benevolencia. Una visión más que justa, del todo elegante. No puedo más que estarle agradecido ante muchas cosas. Aquí lo dejo como testimonio, en el cuaderno de nuestras hijas. Me ha admirado su capacidad de regeneración. No ha dejado de sorprenderme desde que rompimos. Ahora sé que fue, en gran parte, para bien: para construirnos otras vidas en las que no deja de estar presente un puente fijo. Otra relación basada en el apoyo mutuo, en otro tipo de respeto y lealtad a dos bandas, gracias en parte a Paula y Cristina. Pero en la que también hemos sabido como tragar sapos recíprocos, que nos llevan a reírnos un poco de todo. Es de las pocas cosas en la vida de la que me siento orgulloso.

Pasado

El turbio presente
empujaba a sobrevivir
con una dispersa,
tétrica, promesa de futuro.

Gritos en voz baja,
algún guantazo al aire.
Miles de golpes mudos,
ahogados...

El porvenir no llegó.
Se abría paso de otra manera
entre la tiniebla.
Deglutiendo nuestro legado ideal.
Con licencia para derribar
la arquitectura enfangada de lo cotidiano.

La lealtad fue traicionada
por un soplo inasible
De deseo truncado.
Bastó un empuje.
El temido cosquilleo
cargado de un posible
fanatismo para cerrar la puerta.

Hoy, aún, soy incapaz de borrar

aqueellos rostros incrédulos,
abnegados al derrumbe
de lo que éramos.
De lo que fuimos.
De lo que habíamos sido.

Pago esa hipoteca de remordimiento.
Ajena a los desahucios, sin atisbo de rencor.

Un día, de pronto, apareció esa luz
nacida del oscuro vínculo.
Y aquí seguimos:
Alumbrados con otra llama.
Fieles, a distintos nosotros...

19 de noviembre

Se ha caído un número de la portada del cuaderno. Paula y Cristina lo habían decorado con un 2015-2016. Ha quedado suelto el 2. Espero que no sea síntoma de mala suerte. Ayer estuve en Segovia. Aproveché para pasar revista a nuestro refugio en construcción de Pelayos del Arroyo. Manolo me había invitado al homenaje que se le rinde en Mucedos, el festival de cine europeo que cada año organizan en la ciudad. Debía decir unas palabras. Me siento muy orgulloso de su amistad. Para mí es mentor elegido. Maestro absoluto en el arte y en la vida. Una figura paternal. Hablamos Enrique González Macho, el productor, distribuidor y exhibidor, a quien noté sangrando mucho por la herida. Hace no tanto tiempo se le implicó en ciertas prácticas de engaño a la taquilla para conseguir subvenciones oficiales. Afecta a muchos productores, pero él mantiene un orgullo de cruzado del cine. Lo ha sido. Gracias a Enrique, como exhibidor, en este país, muchos nos hemos formado en gustos variados, múltiples, exuberantes y alternativos, enriquecidos con lo que se proyecta en los cines Renoir. El hecho de que el asunto se destapara desde *El País* le ha dolido especialmente. También Ángeles González-Sinde, guionista, directora y ministra de Cultura con Zapatero, el crítico Juan Reviriego, Juan Cruz –a la sazón, y hoy por hoy, mi querido jefe– y el menda. ¡Ah! ¡Y Ángela Molina! Una de sus actrices fetiche, protagonista de *Demonios en el jardín* y *La mitad del cielo*. Me dio por decir que Manolo es un genio de la polisemia, lo que traducido al cántabro significa un gran pasiego. Estoy convencido de que ha elevado la capacidad de poder dar a entender cien cosas con una imagen –en el cine– o con una frase –en sus novelas– sin que él necesariamente tampoco esté seguro de lo que suponen. Así es Gutiérrez Aragón. En todo. Y esa capacidad lo enriquece sistemáticamente. Necesitas ver sus películas muchas veces. También leerlo. Consigue que nos lancemos a la búsqueda constante de sus ambigüedades, calculadas o no. Transparentes siempre en su exposición, pero al tiempo ocultas, como jugando a un excitante

escondite con el espectador y el lector. Dentro de esa proverbial y exquisita polisemia, encuentro varias acepciones para él: amigo, mentor, confidente, guía, Quijote de la brillantez en medio de tanta frivolidad. Dice que casi llora con lo que de él dijimos sus dos paisanos: Enrique y yo. Qué bobo.

Síntomas

Negro de mierda,
moro de los cojones,
vete a tu puto país.
No me des la brasa,
Sudaca.
Tira *p'alante*, maricón,
puta, más que puta,
no me hables así.
Todos los catalanes
sois iguales:
Agarraos.
Vasco, garrulo.
No entiendo por qué
tenemos que pagarles
la juerga a esos
andaluces,
muertos de hambre.
Indio, sucio.
Súbete a un árbol,
Mono, cenutrio.
A que te arruino
el local,
chino, pesetero.
Ladrón, como todos
los gitanos, ladrones.
Ni se te ocurra

tocarme el cristal,
rumana, apestosa.
Ya lo dicen por ahí:
Hitler se quedó corto,
rata judía...

Las señales evidencian
de nuevo los síntomas...
¿Dónde dejamos el ungüento
para evitar la ceguera?

23 de noviembre

Esta semana he leído a Ramón Andrés. Concretamente *Pensar y no caer* (Acantilado) y su poesía y aforismos, reunidos en Lumen. Pensador inclasificable, trufado de música, heterodoxia y un nihilismo dotado de sentido, como buen nihilista. Entrañable persona. Profundo, demoledor, transparente, hondo en su honda relación con la cultura. Nada se le resiste entre Heráclito y Bach, entre Nietzsche y Ligeti. Aprendo mucho de su desconsuelo, aunque no comparto al cien por cien su pesimismo respecto a Europa. Creo que aún queda espacio para la nobleza en ese ámbito. Aunque la matriz haya surgido de un germen de mercaderes, se ha ido engrandeciendo con ideales a lo largo de los años. Ideales prácticos. Si no lo vemos así, apaga y vámonos. Me temo que él ya ha apagado.

Berenboim se detuvo ayer en Madrid un rato y charló con periodistas en el club Matador, ese invento a contracorriente y exitoso, como tantos de los que ha parido el gran Alberto Anaut, un visionario de nuestra cultura. A muchos niveles. Venía de gira Barenboim. Empezó en Zaragoza. Está desolado con Trump. Pero pletórico, como un niño, con su nuevo piano. Le han construido uno siguiendo sus indicaciones: las cuerdas en paralelo y no en diagonal. Se le ocurrió al probar uno que había pertenecido a Liszt y está en Siena. No deja de sorprenderme el maestro. Dicen que resulta insoportable trabajar a su lado. Que le sale el ego por los costados, pero, al menos, en eso, es transparente y no peca de falsa humildad. Una frase nos dejó que lo demuestra: «Cuando uno coloca su nombre en un programa y un empresario apuesta por él, lo hace porque quiere que vaya a verlo la gente. Y en eso no hay mucha modestia, ¿no creen?». Chapó. El domingo lo vemos en el Auditorio. A ver cómo suena su nuevo piano, del disco nunca te puedes fiar.

Anaut dejó los salones del club para que se explayara. No hace mucho trabamos amistad con él y con Carmen Palacios, su maravillosa mujer. Lo admiro desde que trabajaba en *El País* como responsable del *El País*

Semanal, allá por los noventa y yo era un pipiolo recién llegado a la redacción. Luego, la vida nos ha juntado en uno de esos virajes con brújula dotada de magia que tiene. Coincide que somos casi vecinos segovianos. Věra había colaborado con él y su equipo en muchos proyectos cuando ella dirigía el Centro Checo –un equivalente al Instituto Cervantes– en Madrid. Eso crea muchas complicidades. Descubrimos vínculos comunes, compartimos una visión ecléctica y nada elitista de la creación, pero sí absolutamente exigente. Ese no importa lo que hagas siempre que sea muy bueno. Es un raro en gustos, precisamente por la amplitud de sus horizontes. Como editor ya ha pasado a la historia al lanzar ese monumento de revista que es *Matador*. Como azuzador de la cultura, su invento de La Fábrica marca una época. En un momento dado, vislumbró que el descalabro del apoyo estatal al sector iba a proporcionar que se pudieran gestionar muchas cosas desde el ámbito privado. El Estado desviaría su responsabilidad hacia terceros que conocieran mejor los campos. Como un servicio. Y Anaut lo vio, con esa mezcla de instinto y poderosa razón. Allí se metió. Organizó una empresa para proveer esas necesidades. Además, lo hizo con gusto. Allí donde se involucraba podía distinguirse su toque dandi. Y su descaro torero, con infinita clase. Un maestro.

Presente

(Věra tocando el piano)

La mano tantea sobre la tecla
sin temer el desierto.
Tu espalda, firme.
La resonancia de tu pelo.
Una partitura que desconozco
y me revelas en la sólida tregua de tu voz.

La vida se detiene, resbaladiza.
Sin embargo,
el poder de tu improvisado gesto
alumbra esta concreta eternidad,
en medio de esta sencilla
tarde de invierno.

28 de noviembre

Anteayer falleció Fidel Castro. La verdad es que parece que hubiera muerto hace mucho tiempo. No sólo él. Todo lo que representaba. No he tenido paciencia como para hacerme un análisis al respecto más o menos profundo, algo que me lleve a una conclusión digna de este *Diario*. Tan sólo eso: creo que ya el propio tiempo biológico quedó superado por la simbología. Es como si ante el desastre, que describen muchos, parece Cuba –nunca estuve, una pena–, su última, vana, vigilante presencia no mantuviera la antigua capacidad de influencia o tensión que su figura suscitaba en el pasado.

Donde sí anduve el día en que murió Castro fue disfrutando de Rocío Márquez y Rosa Torres-Pardo en el teatro de la Zarzuela. Rocío es la cantaora más exquisita que he podido escuchar últimamente. Rosa, la pianista más generosa con el arte ajeno que conozco. Es amiga, ecléctica, propiciadora de alianzas estéticas y éticas muy audaces en lo musical. Una moderna devota de la escuela española: Falla, Albéniz, Granados, Turina, el padre Soler, Mompou, Montsalvatge... Sana, con todo a salvo en sus manos. De Rocío, qué decir... La trascendencia, el conocimiento, la autenticidad, el riesgo, la humildad, el estudio, el buen gusto... Y esa presencia escénica. Única. Un milagro.

También vinieron a comer a casa Javier Gomá con Teresa, su esposa, junto Antonio Lucas y Lara Siscar. Cociné un bonito encebollado para comentar lo de Fidel Castro. Un poco de jamón y anécdotas sobre el matrimonio y las cuitas de pareja. Nos reímos un poco de todo, necesitábamos refrescarnos. Grandes amigos. Poesía y filosofía en la mesa de la vida. Les debo que cada día me enseñan a ver con mayor claridad el mundo. A Lucas a veces creo que la posteridad lo sabrá juzgar como ese enorme poeta imbricado y transparente que lucha por ser ahora. Y que Gomá quedará como un gran escudriñador de la posmodernidad –junto al gran José Luis Pardo, otro brillante maestro– en esta España de contados filósofos.

También fuimos a ver ayer a Barenboim en su nuevo piano. Artísticamente, impecable, pero está envejeciendo muy mal. Cuando lo entrevisté en público hace cuatro años en la Fundación Juan March recuerdo que andaba a punto de cumplir setenta años y no le gustaba la idea de que se lo recordaran. Ayer la tomó con el público porque le sacaron fotos con *flash*. Es como si no le gustara la idea de verse, ni de sentirse envejecer. No es que ande molesto o deprimido. Está, sencillamente, furioso. Coqueto, presumido, altivo, colérico, algo narcisista... Brillante, audaz, visionario, reflexivo, superdotado. Tan poliédrico como su colección de nacionalidades: argentino, español, palestino e israelí al tiempo. Un caso aparte. Y sigue dominando las teclas... Entre la furia, exhibió su sentido del humor: «No me saque fotos, señora. Por tres razones. Primera, porque está prohibido. Segunda, porque me molesta a los ojos. Tercera y más importante: porque mientras tiene la mano ocupada dando al clic, ¿no me puede aplaudir!».

Los nombres

¿Con arreglo a qué soberbia debemos nombrar los mares?

¿Qué potestad otorga el bautismo a nuestros padres?

¿Por qué un trozo de tierra engulle destinos con letras?

¿Y si fuéramos nada?

¿Y si lucháramos por convertirnos en nadie?

1 de diciembre

Me he despertado a las cinco para inaugurar el mes. Salgo a Barcelona para entrevistar a Ramón Andrés. Ayer terminé ¡por fin! las correcciones de *Farinelli*. Ha sido un trabajo más que intenso. El método consistía en no pasar al párrafo siguiente sin corregir algo en el anterior. Estaba muy sucio. O, claramente, no soy el escritor de hace ocho años, cuando apareció por primera vez en la editorial Aguilar. He querido dejar una edición más o menos definitiva para Galaxia Gutenberg. Digo más o menos porque siempre se escapa algo. El bajón de salud me ha propiciado una succulenta ración de energía. Los proyectos en marcha son tremendos. El del divismo, que quiero convertir también en tesis doctoral. Es la puerta que me abre Iwasaki y me tienta. No pienso cerrarla. Luego sigue poco a poco la idea del documental de Aijón con Manolo. Ahora tiene artritis y le han prohibido viajar a Italia y a Cuba, no veas como le jode no moverse. Por último, Michael Robinson. Ya hemos empezado a hablar sobre el libro que haremos juntos. Quiere tejer un balance de sus treinta años en España y me ha pedido que le ayude. La primera sesión ha durado cinco horas. Un repaso a esa alma dividida en tres partes: la de un inglés, un irlandés y un español. Asombroso galimatías. ¿Cómo logra ser tan ameno sin apenas callar en cinco horas?

Ganó ayer el Premio Cervantes Eduardo Mendoza. Se impuso, entre otros, a Álvaro Pombo. Había dejado escrita una pieza por si se lo llevaba mi paisano santanderino. Pero este artículo se empeña en no salir. En este caso, para mal. En el otro, bien estuvo que nunca viera la luz. Era una necrológica que me encargaron hacia las diez de la noche porque pensábamos que se moría. Anduvo en coma. Nunca me ha alegrado tanto que algo mío no se publicara. Reconvertí un poco la pieza y cambié las conjugaciones del pasado al presente. Lo del obituario se lo comenté el día que Manolo ingresó en la Academia: «Álvaro, tuve que escribir tu necrológica, ¿la quieres leer?». Me dijo: «¡Qué cosas tienes, Mantilla!». Luego añadió: «No te perdonaré nunca,

nunca, que a esa novela tuya... ¿Cómo se llamaba? ¿*Quemada viva*? –por *Ahogada en llamas*– no la titularas *La quema*. Aquello para nosotros, los de Santander, siempre será la quema». Se refería al incendio que asoló la ciudad en 1941, cuando termina la novela. Acabamos tomándonos unos whisky showers en el Palace junto a David Trueba, con quien no paró de coquetear. Menudo pájaro adorable. Romántico incorregible. Una vez, en una entrevista, me confesó algo que me marcó cuando le pregunté qué le pedía a la vida más allá de los setenta años: «Un último amor», me dijo. A David es a otro que le fascinan los viejos punkis. No hicimos como Dalí cuenta en su *Vida secreta* durante la época de la Residencia de Estudiantes. Cuando iban a tomarse una copa al Palace como buenos niños pijos y les costaba 5 pesetas. Él, sobrado y prematuro surrealista, daba 25 y le decía al camarero: «Quédese con el cambio».

Comí con Aitor Gabilondo. Se ha independizado y me contó que había comprado los derechos de *Patria*, la novela de Aramburu. Quiere que sea la primera producción española de HBO. Esta marca que ha parido la mayor parte de las mejores series de la historia de la televisión acaba de implantarse aquí y busca chicha. Aitor es el primer *showrunner* –guionista, productor de series–, propiamente dicho, que existe en este país. Ha triunfado con *El príncipe* aunque lleva una trayectoria bien larga y se lo ha montado solo. Le llueven las ofertas, pero busca plena independencia. Su alianza con Paolo Vasile, cabeza de Mediaset y, digamos, alguien que le ha enseñado muchas de las claves del mundillo, ha funcionado. Pero la figura de Gabilondo en la ficción televisiva trasciende a muchos. A Vasile le rendimos mutua admiración, a pesar de lo que le desprecian muchos. Es uno de los personajes más impactantes y curiosos del poder mediático a nivel europeo. Lo entrevisté una vez para *El País Semanal* y, confieso, me cautivó. Ha llevado hasta el límite la telebasura, pero inventando un género hispano entre la telenovela y la tertulia catódica. Telecinco es, más o menos, una corrala convertida en espectáculo de masas con el tronco de *Sálvame* como eje y Vasile, su brillante cerebro. Cuando apuesta por las series, también, suele dar en el clavo. Lo hizo con *El príncipe* y Aitor, como responsable, es hoy la estrella de la creación de ficción en el medio. Un gran tipo. Sobrino de Iñaki y Ángel Gabilondo, otros

dos fenómenos. Menuda familia. Eso no es casual. Será un gen, pero también un ambiente de valores el que los conforma. O será Donosti, que también. Me ha tentado: «Hacen falta autores, así que vete pensando en algo». Me encantaría colaborar con él en el futuro. Pero aún tengo proyectos para dos o tres años. Lo iremos viendo, aunque no quiero dejar pasar la oportunidad. Noto una profunda química entre él y yo.

Bagaje

(Destellos plagiados a Ramón Andrés)

Saber que los libros se metabolizan,
que son las cajas negras de la Historia.
Ser consciente de que la fe mueve montañas
y la incredulidad, cordilleras.

Resumir tu existencia en pleno bosque.
contento porque, a simple vista,
reconoces treinta o cuarenta
árboles por su propio nombre.

Sentir vértigo en la barca de Caronte
ante la acuciante náusea de la eternidad.
Proclamar que la base de la sabiduría
consiste en no envidiar.

La materia de la verdad se amasa
con nuestros errores.
Ni siquiera vivos podemos vislumbrar
la certeza de ser contemporáneos.
Me consuela pensar que la muerte
eliminará lo que queda por vivir.
Pero no le otorguemos el poder
de invalidar nuestros pasos.

2 de diciembre

Me fui a Barcelona a cenar con Ramón Andrés. Iker Seisdedos, mi jefe ahora en Cultura y *Babelia*, y yo queríamos hacerle un homenaje digno desde las páginas de *El País*. Todo resultó brillante y emotivo. Ramón es un pensador sereno, intrínsecamente bueno, aunque no por ello deja de descuartizar el mundo en que vivimos. Fue un encuentro de confesiones. Me dijo nada menos que era feliz por primera vez en su vida con Lola, su nueva pareja. Que le daba apuro confesar eso con sesenta y dos años, pero que así era. Después de una infancia con un padre tremendo y dos matrimonios descarrilados de los que le han quedado, eso sí, cuatro hijos magníficos, le había llegado el tiempo de la felicidad. A deshora, quizá, para descargar su pesimismo intrínseco, en buen momento para hallar luz en el otoño. Por lo pronto, ha vuelto a escribir poesía después de quince años bloqueado. Nunca es tarde para esa llamada. Que me lo digan a mí, que me he demorado cincuenta años en decidirme a explorarla a fondo. Ciertos trenes no se presentan en horario preciso.

Domingo con Schubert

Despierto. Bajo a la perra.
Se entretiene husmeando
los restos del otoño.
Regreso... Todavía duermes.
Miro hacia afuera. Lluve...

Entro en la habitación.
Ya has abierto los ojos.
Me esperabas.
Quedamos a expensas
de esa travesía del océano.
Del relámpago que prende
nuestra mirada fundida.
Del cobijo de tus glúteos.
Del agua que se torna lava.
De morir y renacer.

Todo es posible.
Cumplir cada lunático deseo...
Si comenzamos así los días
Nada podemos anhelar.
Quizá, redondear este domingo
con música de Schubert.
Poco más...

4 de diciembre

Volví el viernes a ver a Rocío Márquez. Si el sábado anterior cantó acompañada al piano por Rosa Torres-Pardo, esta vez lo hizo con viola de gamba, a cargo de Fahmi Alqhai. Lo dicho, no me deja de sorprender. Me fui con Antonio Lucas. Quería que la escuchara porque acaricio la idea de que algún día cante algunos de sus versos. Suyos o de mi Luis (Muñoz), los dos poetas más grandes de su generación. Luis, más coetáneo mío. Antonio, con diez años menos, pero ya de sobra consagrado. Amigos, confidentes, enormes motivadores en mi caso. Leerlos y hablar con ellos hasta que se nos gastan las horas, me aporta muchísimo. Si por algún motivo estoy centrado en este cuaderno –aparte del reto de mis hijas–, si me decido a publicar los poemas que de aquí salgan (menudo rodeo, majó), es en gran parte gracias a ellos. A Antonio no le gusta el título provisional. Lo he querido llamar *Poedía*. Él detesta los juegos de palabras. A la orden, capitán.

Ayer vinieron a cenar Àlex Ollé, el gran referente hoy de La Fura dels Baus junto a Carlus Padrissa, y Alfons Flores, el escenógrafo y figurinista con quien trabaja habitualmente. Àlex fue alma de aquellos *destroyers* del teatro y hoy triunfa en la ópera a nivel mundial. Tras la *Norma* del Covent Garden, ha llegado a Madrid para montar *El holandés errante*, de Wagner. Cuando lo vea, me explayaré. Wagner y La Fura son dos cosas que en el siglo XXI caminan totalmente al paso y de la mano. Se engancharon a la música gracias a que Josep Pons, el gran maestro y amigo, les tentó para que hicieran algo con *Atlántida*, de Falla, en Granada, cuando él dirigía la orquesta de la ciudad. Cuando lo vio Gerard Mortier, el último gurú de la ópera mundial a nivel de despachos, los invitó rápidamente a que exploraran *La condenación de Fausto* en el Festival de Salzburgo. Lo adoran desde entonces. Les cambió la vida el bueno del iconoclasta jesuítico de Mortier. Aunque fue Pons quien lo intuyó antes, con su instinto bien preparado desde que se formara como niño del coro interno en el monasterio de Montserrat. El director es una de las

figuras más determinantes de la música clásica en España. Logró salvar la Orquesta Nacional con un delicado trabajo de diez años en los que mezcló la ambición artística con la fontanería. Hoy trata de hacer lo mismo con éxito en el Liceu. Es el gran reparador de orquestas perdidas. Les vuelve a dar cera y las convierte en recicladas máquinas vintage. Pocos se lo reconocen, pero es y ha sido crucial. Anduvimos con los fureros de cháchara hasta las 2.30. Se trata de dos catalanes en estado puro. Unen a su salvajismo, ya un tanto domesticado pero igualmente válido, un cierto *seny* y una actitud naif deliciosa que viaja entre el asombro y una honesta posición ante la vida. Buena gente. Alfons liquidó el whisky y probó los magnéticos y benévolos efectos del Slivovice que hay siempre en casa y que se encarga de fabricar Franta, mi suegro, el padre de Věra. Lo hacen allí, en Valaquia: 56 grados de trago incandescente, válido para cualquier hora del día. Una medicina que nunca nos falta.

Sombra

Caminar sin rumbo entre la caricia del vértigo.
Distraerse con los escaparates.
Preguntar hacia adentro: Dudar...

Apartar lo urgente.
Cotejar tu espectro.
Ser digno del oscuro aullido.
De incómodas verdades.

Emprendes la senda, dueño de tu silencio.
Gobernas el secreto.
Te acompaña la sombra.
La que a menudo rechazas
pero ignoras en qué rincón
sale a tu encuentro.

Es la misma que, intransigente, te azora.
Con fantasmas de hielo,
escalofríos de presagio,
llamas silentes en el mar.

La que desaparece sin decir adiós.
La que ha de regresar en cualquier tiempo muerto.
La que planta los nudillos en la piel inerte.
La insensatez de lo cabal.

Trata de acogerla en este papel.
Con un poema que desafíe su descaro.
La cadena que invite a explicar
la perseverancia de lo ignoto.

¿Dónde perviven los refugios?
Los brazos de aquella dama rubia
se desvanecieron.
Las columnas custodias de la cueva
aun sostienen el peso del monte.
En la guarida del pulpo,
batidas por las olas, también caerán.

6 de diciembre

Me voy a Perú, invitado al Hay Festival de Arequipa. No se me pasa por la cabeza llevar este cuaderno. Mientras no transcriba nada, no saldrá de aquí. Imaginar que lo pierdo me aterra. Anotaré lo que se me vaya ocurriendo en otras libretas. Si brota algún poema, lo paso a limpio después. Lo que aquí va cayendo se va convirtiendo en un tesoro para mí, aunque tampoco me pertenece. Es un encargo de Paula y Cristina.

Salgo de viaje

Despierto con tiempo.
Busco el pasaporte.
Elijo los libros.
Saco la maleta.
Plancha las camisas.
No reparo en los calcetines,
pero sí en la comodidad
de los pantalones.

He aceptado una propuesta
para un largo viaje.
La pereza atosiga el ánimo
sobre lo que un día fue ilusión.

Escuece la soledad del itinerario.
Programo todo para matar
el tiempo sin dueño.
La paciente languidez
que exigen los aeropuertos.

Tú te quedas
guardando la casa,
aprovechando un respiro
sobre el imperio
de nuestras sábanas.

Sólo me empuja a salir
esa todavía infantil curiosidad.
Saber que disfrutaré
el aire fantasmal de un paisaje,
aunque muera en la memoria
sin el recuento de las fotografías.
Abriré también los oídos
para otro acento.
Y, por qué no,
a una inesperada amistad.

13 de diciembre

Regresé el día 11 de Arequipa. No podía faltar para la fecha en la que Věra cumple cuarenta años. Tuve allí la oportunidad de conversar en un teatro abarrotado, ante 700 personas, con Alessandro Baricco. Decir su nombre en esta casa nos trae fortuna. Fue en otro encuentro público con él en Córdoba cuando conocí a Věra. Carlos Pardo, poeta amigo, entonces organizaba Cosmopoética y me había invitado a presentarlo en público. En el acto noté a una mujer que miraba intensamente hacia la mesa y no pude evitar fijarme en ella. Me atraía su presencia imantada y cuando finalizó el acto, alguien nos presentó. Años después, la vida, tras nuestros descalabros mutuos terminados en divorcio, nos unió sin que tuviéramos nada de lo que arrepentirnos en medio. Vivimos nuestras intensas travesías del desierto sin apenas contacto más allá del profesional. Ella dirigía el Centro Checo en Madrid y organizaba muchas iniciativas culturales en las que yo aparecía. Una vez, cuando ya me había separado, quedamos para comer y me comentó que no andaba bien con su marido pero que, al regresar él de Praga, seguro que lo arreglarían. Yo atravesaba un convulso periodo en el que había incorporado a mi vida una especie de tratamiento de choque provisto de franqueza salvaje. Cierta terrorismo emocional, que diría alguna amiga. Le pregunté: «Y entonces, si ahora llega tu marido de Praga y te dice que quiere arreglar las cosas, para ti, ¿es un alivio o una faena?». Me miró con ese desconcierto en el que notas algo parecido a esto: cuando con una pregunta has aclarado o has obligado a verbalizar un asunto que no quieres afrontar realmente porque conoces las consecuencias. No tardó mucho en responder, con la misma sinceridad: «Sería un problema...». Poco tiempo después me confesó que esa misma tarde decidió divorciarse. No sé... No creo mucho en las casualidades. Pero sí tengo claro que aquella indiscreción, nada corriente en mí, no la hubiera hecho si alguna fuerza no me hubiera empujado a ello con un firme propósito: acabar juntos algún día, como así ha sido. Cuatro años de convivencia ya. Y felices...

Gracias a Baricco. En parte. El caso es que le regalé un ejemplar de *Hotel Transición* y le llevé otro de *Preludio* a quien es el autor de uno de los ensayos musicales más geniales que he leído: *El alma de Hegel y las vacas de Wisconsin*. Al abrirlo, el primero que cogí al azar de la biblioteca, vi que me había llevado el dedicado a Věra. Le conté nuestra historia y le advertí: «Tienes una responsabilidad en nuestras vidas...». Hablamos también de Farinelli, sobre quien él ha escrito un guion. Recordaba la novela. Estuvo brillante en sus exposiciones ante el público. Nadie mejor para el arte de saber contar... De ahí que haya creado una escuela de lo que él llama *storytelling* y que vale para escritores, guionistas o sencillamente empresarios que quieran vender su producto de manera efectiva. Siempre he creído que, en su caso, decidió utilizar el inesperado éxito de *Seda* en un momento justo de madurez algo prematura para crearse una pensión vitalicia. Se lo pregunté y me dijo que no le había venido mal. Gracias a esa obra, un superventas delicado y único, ha logrado explorar el riesgo durante toda su carrera, bien cubierto por los beneficios que otorga un *long seller*. Es lo que hace con esas rarezas minoritarias como *El alma de Hegel*... O con novelas como la última: *La esposa joven*, una especie de propuesta gótica, ultra romántica, con Buñuel aporreando tambores de fondo. También conversé con Sergio Ramírez, escritor, intelectual comprometido, ex miembro del Gobierno sandinista, hoy enemigo acérrimo de Daniel Ortega, otro cacique latinoamericano de inspiración fascista pero disfrazado de izquierdista. Disfruté en Arequipa de la compañía de Iwasaki, que anduvo por ahí con su hijo Andrés y con el gran Daniel Mordzinski, dispuesto a inmortalizarnos en sus fotoseries literarias. Nos hizo varios retratos en esa maravilla que es el Convento de Santa Catalina, una auténtica ciudad refugio, al que iban a parar descendientes de familias ricas a las que se les montaba un resort con hilo directo hacia el altísimo. Nos reímos sin pausa y coincidimos también en pandilla con Jordi Gracia. Forjamos allí un lazo cervantino. Él, a mi juicio, ha hecho la mejor biografía reciente sobre don Miguel. Le admiro como crítico y biógrafo. Estos días tuvimos mucho tiempo para conversar en paseos, comidas, desayunos, cenas, tiempos muertos. Es un tipo apasionado, vigoroso, locuaz, divertido, con cierta sana ingenuidad insobornable respecto a sus grandes pasiones. Nos

une también nuestra común admiración por la audacia del gran Javier Cercas.
Deberíamos juntarnos más a menudo.

Arequipa

Entre la Tierra y la Luna
median los volcanes.
Pero esta Tierra
es más Luna que Tierra:
ocre de sed, vigorosa y austera.

Los tejados de plata
lanzan fugaces destellos.
El río saja el valle.
Y la luz, transida de polvo,
lame los soportales.

Los palacios evitan levantar el vuelo.
América se nos revela tan joven.
Tiene todo derecho a equivocarse.

Los surcos de lava gobiernan la calle.
Mantienen una pobreza
compatible con tres cosechas.

Misti, Chachani,
Sabancaya, Pichu Pichu...
Dioses disfrazados de nieve
que inspiran horror y amenazan
a sus hijos a cambio de simiente.

Arequipa, tacto de alpaca, piel de vicuña...
En la ciudad convento,
el espíritu del Inca vigila tu delicadeza
y tus desmanes.

18 de diciembre

Cuando anduvimos este año en Puerto Rico por el Congreso Internacional de la Lengua Española, le regalé *Fragmentos*, esa joya en miniatura de George Steiner. Pedrín me ha tocado como amigo invisible esta Navidad. Cuando hablo de Pedrín, me refiero a Pedro Zuazua. Fue antes que nada, alumno mío en el máster, luego pasó a ahijado de elección, como Daniel Verdú, de su misma promoción, y Quino Petit, también de esa hornada, con quien compartí años en *El País Semanal*. Pedro ha llegado a ser director de comunicación de Ediciones El País, pero, en términos de casa, es como un hermano menor. Como sigo el lema, un Steiner al día, voy a regalarle cuatro o cinco ejemplares de esa colección de Siruela en miniatura en los que han publicado *Una idea de Europa* o *Nostalgia del absoluto...* Cuando los termine, debe volver a empezar y, después, hacerse con los gordos: *Lenguaje y silencio*, *Después de Babel*, *Extraterritorial*, *Errata...* Y así hasta el fin. Steiner no es un autor, es el talmud contemporáneo. Borja lo entrevistó este año. Cuando digo Borja, me refiero a Borja Hermoso, otro de mis grandes amigos, otro de casa, junto a Noemí Ramírez, su esposa, su hijo Diego y los mellizos, Íñigo y Valeria, que son, para todos nosotros, como ese espejo de pureza e ingenuidad en que necesitamos consolarnos periódicamente. Maravillosas criaturas. Pero eso no quita que odie profundamente a su padre por esa entrevista y así se lo he dicho. Considero su pieza un ejemplo de género ideal. Perfecta. Cada frase podría ser un titular. Encerrado allí, en Cambridge, sin renunciar a seguir estudiando idiomas, sobrevive uno de los pensadores más clarividentes de la modernidad. Steiner ha conseguido hacer filosofía de la crítica literaria. Lanza preguntas y enriquece nuestra visión del mundo de manera tan aguda e inteligente que su constante lectura arma un complejo método de pensamiento en tu propia cabeza. No me gustaría pasar sin conocerlo. Debo intentar entrevistarle para mi proyecto de *Letraheridos*. No debo tardar. Se escapa el tiempo.

El sábado pasado entramos en nuestra casa de Segovia. Está en pleno campo, en la falda de la sierra. Nos ilusiona tanto... Věra es tan feliz sabiendo que puede afianzarse en un palmo de terreno. Allí plantará sus flores, sus árboles y convertirá el pequeño refugio en un palacio. Tiene un don inaudito para perfeccionar los hogares. A veces demasiado obsesivo, pero siempre por una buena causa. Me contagia con ello de alegría.

Puentes

Siempre me extrañó
que soñaras con cumplir cuarenta años.
Los alcanzaste...
Contigo yo, en deuda.

Un día nos propusimos
cruzar todos los puentes.
Aún nos resta sumar:
De piedra, de acero.
De inestables tablones
sobre ríos revueltos.

Al otro lado sé que me aguarda
la firmeza de tu mano.
El abrazo que reta la solidez del fango.
Y yo, siempre, en deuda.

Pero sereno, porque sabemos
que no median plazos más allá
se los días que pueblan
la fugaz eternidad del presente.

Cada mañana, una música, un mantel.
El alimento sencillo.
Dispuestos a juntar
borrascas, luces y senderos.

Para la cena, el relato cotidiano,
los necesarios silencios.

Una casa adecuada
donde nunca faltan flores,
copula la luz y todo lo llenas,
del alba a la noche,
de alegría, prestancia,
de vino, de acogedora seda.
De un extraño genio
para labrar cada momento.

Salir es querer volver a entrar.
Refugiarme callado.
Consciente de que ya ni siquiera
me hace falta soñar que vivo,
porque vivo cuanto sueño.

24 de diciembre

Ayer, Paula y Cristina cumplieron diecinueve años. Queda para ellas este diario con poemas. Paula me confesó que había empezado a escribir poesía también. Cristina me lo había comentado días antes y tuve que poner cara de sorpresa, pero la propia Cris me delató. Dice Pau que le había contagiado: ¿hay mejor virus que este? Cuando Cristina me lo dijo, con esa admiración de hermana gemela, le comenté que Paula siempre había demostrado poseer cierto pensamiento poético. Si no, ¿a qué fin, cuando tenía seis años, nos sorprendió un día en el coche con una pregunta que era una greguería en verso?: «Papá, si me como una nube, ¿acabaré llorando por las orejas?». Nos asustamos, claro.

Metamorfosis

El sacrificio vacía su significado.
Ese hueco lo llena el amor.
El insomnio se torna alerta.
Más importante que dormir
era saciar vuestras ganas de comer.

El ego salta al vacío.
Sólo resta el instinto,
una primaria felicidad.
El instante de veros obró
aquel relámpago de metamorfosis.

Al nacer, dejé de ser yo
para dividirme en vosotras.
En esa transformación
se funda toda nuestra
semilla de trascendencia.

27 de diciembre

Me encanta ir al teatro el día de Navidad. Lo vamos convirtiendo en una especie de tradición con mi madre. Esta vez sacamos entradas para ver *La mentira*, de Florian Zeller. Queríamos disfrutar, sobre todo, de Carlos Hipólito, que por primera vez ha salido a escena con Mapi Sagasetta, su mujer. Él es uno de los grandes, sin duda. Y Mapi no le va a la zaga. Asombra su ojo clínico. Le sigo desde aquella época en que junto a José Pedro Carrión era una joven estrella del Teatro Español que llevaba entonces Miguel Narros. Buen comienzo. Dio en el clavo también cuando se unió a Flotats y a Josep Maria Pou para hacer en España el primer montaje de *Arte* (Yasmina Reza). Luego siguió con la estela de Jordi Galcerán interpretando *El método Grönholm* y *El crédito*. Cada vez que se mete en algo se tira tres años, bendecido por el público. Pero el éxito parece resbalarle, es como si no fuera con él a pesar de demostrar un instinto salvaje para olfatearlo. No se da la más mínima importancia por ello. En *La mentira*, ha sido dirigido por otro gran emergente en Madrid, el argentino Claudio Tolcachir. Ya me impactó cuando vi *Emilia*. Entonces fuimos Pedrín y yo y salimos hecho polvo del teatro. Ahora, él y los actores convierten este vodevil de requiebros y despistes en una potente pieza de relaciones de pareja. Hipólito vuelve a dejar patente un talento superdotado para esa sutil y esquiva ambigüedad que sólo poseen los grandes.

Los lunes, poesía. He decidido que cada comienzo de semana cogeré en orden aleatorio un poemario de las estanterías. Lo leeré, bolígrafo en mano. El primero de este nuevo método ha sido Mark Strand, con su cirugía del tiempo poético. No me deja de asombrar este autor estadounidense desde que mi Luis me lo recomendó como imprescindible. Ayer tocó Szymborska, una antología en la que he aprendido de una fina espontaneidad que me abre muchas puertas. Coincido con ella en ese intenso imán que suponen las pequeñas cosas, a la manera de Serrat también: lo inmediato, lo cotidiano. La irresistible atracción que puede poseer una cebolla o una fantástica diatriba sobre esa manía en

dividir el hecho de que a uno lo definan como poeta y escritor. Me identifico en ese caso con la etiqueta de escritor y periodista, valga la redundancia. O viceversa. Tanto monta, monta tanto. Lo enredo así para caer en la cuenta de que hablamos de lo mismo. ¿Acaso el periodismo no es un género literario? Sólo la mediocridad defiende ya lo contrario. También la amable e irónica Szymborska me ha arrebatado cierta originalidad. Todo anda ya, por lo visto, inventado. En los primeros días de clase de mis talleres periodísticos suelo inculcar a mis alumnos que mi respuesta favorita es: no sé. En un oficio donde todo el mundo contesta a todo sin ton ni son, esa simpleza del no sé nos confronta a algo profundo. No denota ignorancia. Es una provocación y, para mí, representa la clave del oficio. A partir de ese no sé pronunciado sin complejos se activa automáticamente el instinto de la curiosidad. Es precisamente eso lo que diferencia a los seres inteligentes respecto a los borregos. Un no sé a tiempo supone la búsqueda de una respuesta o esa sistemática construcción de interrogantes en cadena que conforman un artículo, un ensayo, una novela, un poema... Como sostiene Cercas en ese libro fundamental, *El punto ciego*, quizá no lleguemos nunca a solventar el enigma de esa primera pregunta, la que todo lo enciende, pero definitivamente la respuesta será el propio libro.

Navidad

Los mendigos,
en sus camas de cartón,
custodian belenes
alrededor de la estatua.
Un Spiderman gordo
te saluda.
Es Navidad
en la Plaza Mayor.

31 de diciembre

2016, sí señor, ha sido un gran año. Uno de esos en los que aumentas la medida de lo que crees posible. Lo más importante entre Věra, las niñas y yo, es que hemos apartado lo provisional y hemos construido un hogar. Una casa a la que apetece volver, en la que nos gusta resguardarnos y acoger a nuestra familia y amigos. El ático de Lope de Vega lo era, como un ensayo. Pero despedía aquella frialdad inamovible del diseño invasivo, un poco casa museo. Aquellos sofás eran una tabla de gimnasia, imposibles de sustituir, al estar hechos de obra. Además, el espacio abierto no favorecía la convivencia de cuatro. En la nueva casa nos sentimos más independientes. Věra, en su despacho; las niñas, en su cuarto; yo, nómada, entre mesas y sofás libres. Andamos más compartimentados y, sin embargo, más cercanos. Un hogar, pues, nos ha dejado este 2016, además, una casa en el campo donde también crecer y refugiarnos. A eso debemos añadir resultados profesionales y creativos más o menos satisfactorios, aunque, por Dios, evitaré caer en la autocomplacencia barata. Věra va creciendo asentándose en su nueva aventura. Las niñas vibran, resplandecen en la universidad. Yo culminé *Hotel Transición*, satisfecho con las críticas aunque no con las ventas, pero sí lo suficiente como para afrontar con ánimo los libros que tengan que venir. Estoy más o menos tranquilo en el periódico y entusiasmado con este diario y los poemas, un proyecto íntimo y espontáneo. He convertido la presente escritura en algo orgánico. Salgo a la calle y miro en verso, no en prosa. Nunca agradeceré suficiente a Paula y Cristina la provocación. Ayer le enseñé esbozos a Antonio Lucas. Para mí fue como comparecer ante un tribunal. Es un amigo más que cercano, abierto, cariñoso. Con una generosidad para el talento ajeno fuera de lo común, pero con alta vara de medir. Lo que no le gusta, una de dos, lo cambia o lo fulmina. Con sus consejos creo que, a partir de ahora, notaré cierta transformación en los poemas. Me ha abierto vías para indagar que quizás en los precedentes quedan algo abotargadas, aprisionadas. No sabe

lo que le agradezco el tiempo que me dedica. Al parecer, he aprobado. Aunque consciente de que me queda mucho trabajo por delante. Me dijo que algunos de los poemas los enviaba ya a la imprenta. Sugirió tirar otros a la basura. Perfecto equilibrio, pues. Cree que tengo sensibilidad para captar el momento pero que debo desmelenarme más, explorar lo subconsciente. Aquello que llamo la guarida del pulpo y que está en el que titulamos *Sombra*. No sé si sobrevivirá a la criba final. Espero reconducirlo bien. Sin duda, Antonio exagera en lo que ve bien. Me tomo sus palabras como un aliento generoso y motivador, pero evito creerlo del todo. Hace frío: 0 grados marcaba el termómetro. Veremos qué nos deparan Praga y Valaquia a partir del día 6. Věra me ha concedido el deseo de viajar allí en pleno invierno. Ella no quiere ir en esa época ni a tiros.

Año Nuevo

Mi padre quería ser director de orquesta.

Lo logró...

Cada uno de enero, se mimetizaba
ante el televisor y marcaba el paso
de los valeses con la Filarmónica de Viena.

Me queda de aquello una herencia orgánica.

Sigo fiel al rito.

No me afecta el *kitsch* de las flores.

O la impostada pose de los bailarines
en la retransmisión.

Año a año, me permito

ese capricho global en su memoria.

Mi padre, cumple.

Invoca el protocolo del recuerdo
y cae del cielo sobre el salón.

Es el único día del calendario

que atendemos cita en un lugar pactado.

El resto, se me aparece de golpe,

vigilando la fragmentada espuma del mar.

Me invita a partir las olas

y escrutar el fondo revuelto de la corriente.

O comparte conmigo unos salmonetes,

unas rabas, un arroz...
Frena la ansiedad tonta de los *zapping*.

Me obliga a detenerme en un suspense
de Hitchcock o un western de John Ford.

Vigila mientras husmeo en la biblioteca.
Pena conmigo las desgracias del fútbol
—mira tú: del Racing y del Aleti, por ese orden—,
nunca le dio por la manía de ganar...

Todavía me cruje por dentro, rebelde,
cuando escucho a Beethoven.
O al toparme con los alegatos de Atticus Finch.

Mi padre quiso ser juez.
No pasó la oposición.
Pero igualmente, a su manera,
lo logró...

Transmutándose en Spencer Tracy,
allí, en la devastada Núremberg.
Vencedores y vencidos:
Con Burt Lancaster, Marlene Dietrich
y Montgomery Clift, también.

Un día descubrí sus notas
de los padres Escolapios.
Aprobado por los pelos.
En actitud y comportamiento: diez.

Le distraían demasiado el cine, la música,
las epopeyas de Homero,

las aventuras de Dumas,
los inventos de Verne.
Atender a sus tías, a sus hermanas,
a su madre viuda.

Perderse en la decadencia de los tilos
y mirar el estanque de la finca:
Vacío, seco, sin agua.
El absurdo estéril de lo que nunca fue.

Prefería la zarzuela a hacer dinero.
Ser recto, obediente, que nadie hablara mal de él.
Aún puedo seguirlo por el rastro de su colonia:
Álvarez Gómez.
Pisaba discreto.
Zapatos de ante, suela de silencio.

En una época escuché que bebía demasiado.
Bobadas...
Nada, si lo comparo conmigo.
Sencillamente, tendría sed.

4 de enero

Me gusta empezar el año de vacaciones, si es que los que nos dedicamos a esto podemos emplear dicho término. Trato de escribir todos los días. Cuando hablo de vacaciones, me refiero a tomarme unos días alejado del periódico. Siempre queda algo en marcha, siempre ando con proyectos entre las manos, como este diario y estos poemas, que me tienen absorbido en su dosis cotidiana. En vacaciones me gusta elegir cuidadosamente las lecturas. Me voy a Praga con *Patria*, de Aramburu, y algo más: poemas de Vladimír Holan y *La Sonata Krautzer*, de Tolstói. Aramburu es quien, hasta la fecha, me ha proporcionado la mejor lectura en ficción sobre los estragos del terrorismo de ETA en esa novela que se titula *Años lentos*. A ver ahora... Dejo a la mitad, sin embargo, el tan cacareado *Poder del perro*, de Don Winslow, un libro espantoso. No por lo que cuenta, sino por algo para mí imperdonable: por cómo lo cuenta. Está plagado de tópicos, errores –¿¿¿¿el cardenal Romero asesinado en Guatemala???? ¡Con dos cojones!– y una ristra de lugares comunes, prejuicios, y buenos y malos, tremendamente simplón. Ofensivamente simplón, diría. No deja de ser un previsible *best seller*, aburrido en muchos pasajes y del que apenas saco chicha, poco más de lo que uno lee en los periódicos o ve en series como *Narcos*, mucho mejor y más original, con esa mezcla tan bien lograda entre elementos de *The Wire* y aderezos de culebrón venezolano. Es un libro que mancha, que ensucia México, lo deforma y se lo sirve en bandeja para devorar a tipos como Trump. México es un tótem del que bebió Buñuel y que acunó a Octavio Paz. Esa olla de contradicciones que nos dibujaron Carlos Fuentes, Rulfo y del que aún no he conocido a nadie cercano que no me guste. Desde mis cuates de Maná, a mi compadre Jorge F. Hernández –(F) de Farinelli, farda él–, así que: ¡Viva México, cabrones! Y eso va por Trump. Ayer Ford y General Motors anunciaron que suspenden sus inversiones allí por miedo a represalias y sanciones del orangután rubio platino. Todo parece ir en serio. Vamos

perdiendo la esperanza de que mintiera en su intento de llegar a la presidencia. No sé, de verdad, si estamos preparados para tanto espanto. Sigo con México... El lunes pasado me tocó en suerte un poemario de Jaime Sabines. Me lo había regalado Fher Olvera una tarde que lo llevé a Visor para calmar su adicción a la poesía y que conociera al gran Chus. En esa trastienda de su librería, hemos ido pasando sus amigos y quienes sentíamos la llamada de los versos a modo de confesionario. Allí él, con esa insobornable traza de exigencia, nos atizaba, nos bajaba los humos y nos ponía en nuestro sitio. Así es como ese gran editor *alético*, sabio y entrañable ha forjado la gran colección poética de referencia en el mundo hispano. Cómo no, había publicado él mismo a Sabines y prologado el libro. Quería que Fher conociera el laboratorio de Visor por dentro. Con su olor a nicotina, su muralla de libros y esa mesa redonda por donde han pasado consulta cuatro generaciones de poetas a ambos lados del Atlántico. Fher es el cantante de Maná. Gran tipo, entrañable, excesivo y cálido, igual que mi adorado Sergio Vallín, guitarrista, y Álex González, su increíble batería. Me gusta Maná. Nos gusta Maná en la familia. Ya sé que no es para hípsters, pero mejor. Con ellos tengo una conexión umbilical. La primera canción que le oí cantar a mi hija Paula fue *Cachito* y, desde entonces, tienen barra libre entre mis preferencias. Son grandes amigos desde que viajé a entrevistarlos a Puerto Vallarta, su centro de operaciones junto a Guadalajara. Fue un viaje que por los retrasos duró más de 24 horas. Y lo agradecieron tanto que me adoptaron. De hecho me llaman el quinto Maná.

A vista de pájaro

Duermes en el avión
mientras los Alpes arañan el cielo.
Nieve, sombra; nieve, sol.

Es día de Reyes.
Volamos hacia Praga.
Nada desde Madrid
ha resquebrajado la vista.
Pareciera que Europa
disfruta de una inquietante
tregua despejada.

Una afilada imperfección
brota de la Tierra.
Atraviesa tu sueño,
desafía la medida del hombre
que, desde arriba,
cree soberbio que todo lo puede,
que nada lo doblega.

Mientras, abajo, cruje la vida.
Y muerde el frío todos los abrazos.

14 de enero

Una semana en Chequia... Salimos el día de reyes a Praga con las niñas, pasamos allí el fin de semana con ellas deambulando oportunamente bajo la ola de frío y los copos de nieve. Había insistido en que, al menos, una vez, Věra me llevara en esta época. Ella detesta el frío y la oscuridad –normal, mi amor es pura luz–, pero no quería pasar sin la experiencia. Paseamos por Petřín, Malá Strana, la Kampa... Paula y Cristina fueron felices bajo las nevadas, en pleno puente de Carlos vacío, con el Moldava, en algunas partes, helado. Cenamos en sitios guapos, como el Café Imperial y el Savoy, nuestros favoritos. Ellas salieron el lunes por la mañana a España y nosotros nos fuimos a Valaquia. Siempre cogemos un tren desde Praga que nos deja en Hranice y desde allí nos van a buscar para llevarnos a Dolní Bečva. Recargamos las pilas. Věra visita a la familia, los colma de regalos y ellos a nosotros de atenciones. Brindamos con Slivovice, disfrutamos de Teo y Giulia, sus sobrinos. Yo me aísló perfectamente en una especie de ejercicios espirituales donde sólo me rodea el idioma checo como una oración apenas perceptible y me entrego a la rutina de paseos por el monte o al borde del río, comida sana, trabajo y lectura. Sé que es un crimen que en casi cuatro años no haya hecho el esfuerzo de aprender la lengua de Hrabal, Holan y Kundera. También estoy convencido de que vendrá con el tiempo y alguna inmersión necesaria: quizás un mes en Praga, alguna vez. En Valaquia nos zarandean la naturaleza y las estaciones. Verano, primavera, otoño, ahora, el invierno. Nada se parece. Comprendo mejor a Věra cuando la veo allí. Se confiesa traumatizada por la oscuridad, que de alguna manera conecta con esa prisión interior y exterior que supuso para ellos el comunismo. Es una mujer atravesada de luz, necesita dicho elemento para irradiarlo hacia los demás. En Valaquia siento que la conozco un poco mejor. Aunque, quizá, lo que más me fascine de ella es ese cierto misterio no desvelado. La relación telúrica y enraizada que guarda con su tierra me la acerca, aunque, a veces, mucho

tiempo aquí seguido, le siente mal. Físicamente. Incluso al regresar, si lo ha vivido muy intensamente, cae enferma. Es extra sensible a varios factores que sólo ella misma sabe en qué medida le van a afectar. Valaquia es un prodigio de genios y belleza. A 20 minutos en coche desde la casa de sus padres nacieron ni más ni menos que Freud, Mendel, padre de la genética y Janáček. El cruce de caminos de Moravia no deja de entusiasmarme. También, a pocos kilómetros, se produjo la batalla de Austerlitz, ese episodio que Tolstói utilizó para *Guerra y Paz*, donde Napoleón, en su conquista del este, derrotó a los rusos y a los austrohúngaros en la gran coalición de la Santa Alianza. De paso, arrasó con un imperio milenario que entroncaba directamente con Carlomagno y cambió la historia de Europa. Este trozo del continente me fascina. Aquí han hervido trágicamente el siglo XIX y el XX. Esta tierra ha sido cocina y horno de atrocidades, simiente y hogar de totalitarismos imbricados en la fragmentación del Imperio austrohúngaro. Algo refulge intensamente todavía. Algo que a Věra le afecta sobremanera porque, entre otras cosas, le hace tomar conciencia de la fragilidad del sueño europeo. Es un factor que comparte asustada con sus compañeros de generación, muy abiertos a la idea de unión que les mostró en su más noble dimensión Václav Havel. Son personas brillantes: diplomáticos, artistas, altos funcionarios, talentos que quedaron entregados a su liderazgo moral y fueron hijos de aquella inspiración. El problema al que se enfrentan es que líderes así, aparecen una vez cada cien años, mínimo. E, irremediablemente, lo que llega detrás decepciona. Si Věra entró a formar parte de la diplomacia y el servicio público, fue gracias a la inspiración de Havel. Tenemos hasta un altar en casa y varios ejemplares de la biografía que de él escribió su más cercano colaborador, Michael Žantovský. Los vamos regalando. Su decepción es directamente proporcional al entusiasmo que la impulsó de partida. Aun así, pasear, viajar alrededor de este país que fue en su día el Imperio austrohúngaro, de Lvov (Ucrania) a Trieste, en Italia, como sus dos extremas fronteras, me impacta. Su variedad y su curiosa uniformidad y coherencia estéticas, algo para ellos vital y moral al tiempo, me resultan de inspiración inagotable. Guardan una curiosa balanza entre belleza y conciencia de barbarie, entre inspiración y decepción. Es territorio de desastres pero está plagado de genio creador a escala universal. Sólo en Moravia han nacido

Freud, Janáček, Mahler, Mendel, Kundera, Hrabal... Hablamos de personajes que en sus ámbitos han cambiado rumbos universales en un palmo de terreno similar al de la Comunidad Valenciana. Este es un territorio que ha ensayado su modelo de civilización con diversas identidades disgregadas, pero, en el fondo, bastante similares en varios aspectos. Una potencia creativa impresionante, pero también destructiva. Han convivido y se han aniquilado en constante tensión paradójica abriendo las costuras del imperio, como nos enseñan las obras de Stefan Zweig, Joseph Roth, Von Rezzori... Han sido capaces de mover, remover y conmover a la humanidad. Una semana anduvimos allá. Suficiente para desear con fuerza regresar a nuestra recién estrenada casa. Leí intensamente. Comencé *Patria*, un libro definitivo para entender lo que ha sido el problema vasco: audaz, vivaz, vibrante, una obra que habla, del que saltan las conversaciones, que conmueve y fija tragicómicamente las heridas de aquel destino. Me he traído cuatro poemas que acabo de transcribir y he arrancado con el texto de Robinson. Si eso no es fertilidad, venga Dios y lo vea.

Praga / Invierno

(Guiado por Vladimír Holan)

La metamorfosis es esto:
Simiente blanca de los duendes
que se convierte en estiércol,
negro.

El Moldava, negro.
El quieto desfile de las ramas
como alambradas,
negras...

El inconformismo de las gaviotas
sobre las placas de hielo,
incapaces de hacer efectivo su reflejo,
negro.

Busco en la Kampa el rastro del poeta.
Aquel a quien llaman el ángel,
negro.

Toco la puerta de su casa.
Me invita a entrar y accedo
a su paraíso de conjeturas:
«Sólo en la oscuridad habitan los dioses»,
me advierte.

Praga es toda invierno.

Hasta el denodado esfuerzo de la nieve
sabe que su destino es fundirse quieta
con la noche,
con los prados,
con las aceras,
con los puentes,
con las estatuas de antaño,
con los cementerios,
negros...

17 de enero

Noto en mí el raptó de la poesía. Congelo y capto cada fogonazo y lo traslado al papel para desarrollarlo. Me encuentro atento y concentrado. Lo he experimentado antes. El problema es que lo dejaba volar y se me escapaba. No acababa de creerme que fuera capaz de transformar cada llamada en poema. Ahora sí. Ahora, no sólo lo atrapo, también lo transformo, lo culmino. Me siento inmensamente feliz por ello, abre unas vías dentro de mí que desconocía. Si llegaba a vislumbrarlas, sencillamente, desconfiaba de ellas. Sólo lamento que me haya atrevido a afrontarlas tan tarde. Entiendo ahora mucho más profundamente la complicidad poética. También la llamada, esta especie de conversión, de sacerdocio lírico. Y gozo al sentirlo. Me realiza, me colma, me alimenta. ¿Será la euforia de haber cruzado el ecuador de este cuaderno? Quizá, pero tiempo habrá también para las dudas, para la recaída, para la impotencia. Mientras tanto, quiero celebrarlo con esta pequeña reflexión.

Dolni Becva, helada

¿Por qué no querías que viera esto?
La recia y presente inmutabilidad del hielo.
Los diamantes que abrigan el rastro del camino.

¿Por qué nos hemos retrasado tanto?
En disfrutar de las pisadas en la nieve.
En adivinar el murmullo esquivo del agua.

¿Para qué te empeñaste en disuadirme hasta hoy?
¿No dejarnos llevar por la quietud del río inmóvil
sobre la corriente, en su suicidio hacia la espuma?

Por fin me mostraste la extrañeza helada de tus paisajes.
Y yo renací, egoísta, mientras tú asistías al parto, cálida.
A pesar de que ya habías vivido todos los inviernos.

21 de enero

Mañana triste. Tarde dramática, ayer. Trump tomó posesión en Washington. El mundo en bandeja para este energúmeno con una tortilla francesa encima de la cabeza –no deja de asombrarme la definición de Iñaki Gabilondo–, para este fanfarrón de la peor calaña, trilero con pose de *outsider*. Sale uno de los líderes más brillantes que hayan existido jamás. Obama se despidió pero prometió no bajar la guardia, con un discurso que los periodistas deberían colgar en las redacciones: se supone que debéis plantear preguntas comprometidas, mostraros escépticos, no dejéis de serlo... Algo así. En boca de quien ha sido presidente de Estados Unidos cobra cuádruple valor. Más ahora, en contraposición a alguien que ha explotado la marrana maraña de la posverdad. Alguien que ha pervertido no sólo la certeza, sino también el mínimo concepto de mentira. Tiemblo. Me negué a verlo. Tampoco quiero leer mucho más. Las crónicas apenas me aportan, por ahora. Me suena demasiado esta historia: a antesala del horror.

Vuelo

Una noche soñé que volaba
y no podía caer al suelo...
Me alzaba, me alzaba,
y sólo quería descender.
Eso: caer al suelo.

Otra noche volví a soñar que volaba.
Subía, subía,
me alejaba de los tejados,
de las copas de los árboles...
Por más que deseaba deshacerme
de ese espacio huérfano,
del delirio sobre la almohada, no bajaba.
Me perdía, tan lejos del suelo.

Vagaba, como un pájaro muerto,
sobre los edificios, sobre los vehículos,
sobre quienes hormigueaban por las calles,
inocentes, sin reparar en el hombre ave
que desde arriba pedía socorro:
¡Que alguien me baje, por Dios!
¡Que arranquen mis alas!
¡No las quiero!

26 de enero

Asco de Trump... Una cosa era verlo aspirar y otra, ejercer. Aunque haya pasado el trauma de la elección, clara por demasiado previsible, tenerlo ahora hasta en la sopa y firmando leyes que destrozan el legado anterior me repatea. Siento asco. No quisiera llegar al odio, pero es odio lo que fomenta y engendra. Odio. Ya así lo quieras, lo analices fríamente, lo trates de evitar: es odio, puro odio lo que creo sentir. Y me remonta. El hecho de llegar hasta ahí, esa rebaja de mí mismo que me provoca experimentarlo, exudarlo, transpirarlo. Pero no lo puedo evitar: detesto su cara, su gesto, su mirada, sus corbatas, sus andares, su dedo enjuiciador, su tono de voz, su fantasmada perpetua, su convencido complejo de superioridad WASP. Le odio, sí. Y en consecuencia odio encontrarme odiando. Odio esta redundancia en el odio. La jaula y la frustración que me produce, esta claudicación del entendimiento, derrotado por la mismísima inquina, por la impotencia, por la ceguera que me lleva hacia esta sensación como única salida, como respuesta, como discurso: exactamente un calco de lo suyo, pero por el camino contrario. Esta misma entrada en el *Diario* la vivo como una renuncia. Todo lo que representa y traerá consigo, lo odio. Por lo demás... Se van confirmando ya de inicio las tesis que exploraba más atrás. Primeras decisiones: fuera *Obama care*. Adelante con el muro. Algún oleoducto de regalo a quienes lo exigen desde los poderes tradicionales que lo han aupado y contentos aquellos que han regresado de su mano enfundados en esa sombra rancia, vengadora, trituradora de progreso que lo ha instalado donde está.

Hoy es el cumpleaños de mi madre: ochenta y dos tacos y en la brecha. Pasó aquella operación de cambio de válvula hace cinco años y resucitó. Nunca ha padecido nada. Es un roble físico y, aunque ella se empeñe en parecer a veces frágil, también emocional. Una mujer que se hizo a sí misma y dirigía una empresa –el Hotel Rex– en una ciudad pequeña en plena dictadura franquista. Rompía moldes en los años setenta y ochenta, se enfrentó a menudo

a los poderes locales y llegó a concejal del ayuntamiento. Militó en organizaciones civiles que tenían que ver con su ramo y su condición. Impulsó a las mujeres empresarias como pionera. Ella ya lo era cuando a la mayoría ni se les pasaba por la cabeza. Los empleados la llamaban señorita Conchita, pero llevaba el asunto con la firmeza de un general. Aun así encontraban empatía cuando hacía falta sin que eso supusiera que le tomaran el pelo. Fue la mayor de ocho hermanos que perdieron a sus padres demasiado jóvenes, con algunos se lleva mejor y con otros, peor, pero ha querido mantener los vínculos familiares a pesar de que resultaba difícil para muchos aguantar su franqueza. Es lo que le echo en cara a menudo: ha sido con algunos demasiado directa, ha pecado de exceso de transparencia. Conmigo, igual. Más al ser su hijo. A veces vamos por la vida como un frontón, tirándonos verdades a la cara que nos duelen pero a la vez nos hacen reflexionar. Otras, levantamos un tenso muro de silencio entre ambos. Ella tuvo que romper demasiados moldes para la época en que le tocó vivir, triunfar y sacar una familia adelante. Comprensible. Eso afecta a su efecto de ponerse en guardia permanente, aunque como madre y abuela sea impecable. Una vez pasas ciertos traumas de sinceridad colectiva que preferirías no presenciar, la disfrutas. Tiende a exagerar en lo bueno y en lo malo: es una madre radicalmente española, toda una mina para explorar en mis ficciones. Ya lo hice en *Gordo* y en *Hotel Transición*, a fondo. Ella lo sobrelleva con mucho humor y algo de resquemor. Delante de mí le ha llegado a soltar a alguien: «¿Has leído *Gordo*? Esa novela me costó a mí un psicólogo». Me he divertido mucho avisándola. Como el día en que le planteé que al personaje inspirado en ella que aparece en *Hotel Transición* debía buscarle un amante. Le dije que el matrimonio con mi padre había sido tan ejemplar y ajeno a los conflictos que no me valía. Debía elegir conmigo el modelo: alto o bajo, rubio o moreno, años, kilos... Me sugirió que pensara en Dimitri, un amigo griego al que conocí en un viaje con unas amigas y luego nos presentó. No había pecado de obra, pero sí de pensamiento, la tía. Quizá por eso, cuando mucha gente le pidió que le firmara junto a mí ejemplares de la novela, ponía: «Se ha quedado corto...».

Maduro

Un tenso proceso negociador
entre la frustración y el sueño.
Vigilar los bordes del precipicio
al que te aboca lo incumplido.
No exceder la medida
de tus posibilidades, si deliras.

Eso es la madurez.

Si lo resistes, día a día,
podrás volver la mirada
hacia el niño que fuiste.
Saludarle sin miedo.
Quizá te reconozca y deje
que sigas tu camino.

Ese es el consuelo.

28 de enero

En Berria, a unos 14 grados. Para ser enero, no está mal. Berria. Palabra que lo llena todo: identidad, mar, infancia, tiempo, pasado, raíz. Me sentí aquí en un espacio salvaje, donde sólo media entre mí mismo y el mundo una frontera de arena, agua, cielo, monte. La esencia orgánica entre los elementos y el ser. Desde que tenía siete años no he faltado a mi cita con el refugio. Andar al aire: ¡dejad a los niños al aire! Lo dicen constantemente por aquí. Nuestra casa es un atentado medioambiental. Nos separan apenas 20 pasos entre el sofá del salón y la playa. Aquí crecí. Asilvestrado. Libre. También mis hijas y espero, si el mar no se lo traga, que mis nietos lo disfruten. Aquí he aprendido, sentido, vivido en extremo, descansado, escrito, gozado, leído, reflexionado... Aquí he tomado grandes decisiones. Si de algún lugar me siento es de esta playa desierta en invierno, nunca demasiado poblada en verano. Si existe un territorio mítico para mí al que regresaré de continuo es este cosmos formado entre la arena, el mar y los montes Brusco y Buciero. En esa montaña madre existen cuevas, fortalezas, baterías de defensa, faros, yacimientos. Fue, cuenta la leyenda, guarida de Napoleón y base de vigilancia desde el tiempo de los romanos. A su falda se acuesta el penal del Dueso y el cementerio de Santoña. Es la montaña madre de una villa labrada, ante todo, por el esfuerzo de sus mujeres. A una de ellas, Emilia Fuentes Ruiz, dediqué una novela: *La cáscara amarga*, con las peripecias de su supervivencia en plena guerra y posguerra que me contó de viva voz. Con el recuerdo como un puñal en el pecho de su infancia. Sobrevivió al hambre, al abandono, a la represión, mientras iba quedando sola en la vida, junto a su hermano Chacho después de ver morir o entrar en la cárcel a todos los miembros de su familia. A su madre la perdió en momentos cruciales pero la recuperó años después, desde que salió de la prisión de Saturrarán, paralizada de miedo. La muerte desperdigada, muy asentada dentro de sí, le arrebató a sus hermanos. Ella fue incapaz de articular apenas palabra porque no conocía los términos adecuados para designar tanta

desgracia a tan temprana edad. No se liberó del trauma jamás. Lo fui notando a medida que me lo contaba. Traté de ser justo con la historia. En cuanto terminó de narrármelo y vio el libro, perdió la cabeza y poco después murió dejando tras de sí una empresa con más de cien empleados y con el orgullo de haber contribuido a levantar, el pueblo inventándose la sencilla manera de meter anchoas en un tarro. A partir de entonces, el producto se fue convirtiendo en una especie de lujo artesanal y la copió buena parte del pueblo. Vi sus conservas en el KDW de Berlín, algo así como El Corte Inglés, pero dudo de que fuera consciente de su propia expansión. Santoña, en buena parte mediante lo que ella inventó, creyó un poco más en sí misma. Hoy es un lugar próspero, sano y salvo, que sigue viviendo de la mar. Lo caracterizan sus hombres rudos llenos de debilidades y sus mujeres frágiles pero increíblemente fuertes, al cuidado de la tribu. Maravilloso lugar, con su lenguaje propio y su modo de vida único, con su insularidad orgullosa y azotada. Un permanente ejemplo de superación. Y este paisaje. No creo en Dios. Pero, a veces, si observo las montañas de la cordillera al fondo, nevadas, giro el cuello, apenas 160 grados, y veo el mar, este mar, concedo al altísimo el beneficio de la duda.

Tarde

A menudo llego tarde a muchas cosas:
Conclusiones, paisajes, amigos...
Con demasiada frecuencia soy incapaz
de reparar en lo que importa:
Lecturas, películas, cuadros, algoritmos,
pensamientos, intuiciones, sabores, música,
versos, obligaciones...

¿Qué somos?
Una misteriosa mezcla de conciencia,
biología, experiencia, experimento...
Tiempo con escamas empeñado
en construir su estalactita.
O diluirse, fundido en agua.

31 de enero

Ayer asistí en el Palacio de Oriente a la clausura del año Cervantes. Lo cerró el Rey con un discurso. No ha sido muy fructífero, que digamos. Empezó tarde y mal. Ha acabado regulín. Me costó algún disgusto con José María Lassalle, secretario de Estado de Cultura. Buen amigo. Discutimos agriamente y critiqué la pobre acción oficial ante la conmemoración que merecía don Miguel. Ridícula si lo comparamos con lo que los ingleses han hecho en torno a Shakespeare. Lo bueno de Lassalle es que por mucha caña que le des, no guarda una pizca de rencor. Es noble, en ese aspecto. Y demócrata radicalmente, no como otros muchos que ejercen de tales como verdaderos hipócritas. Él conoce y asume las reglas del juego. Somos bien conscientes cada uno de nuestra posición en lo que se refiere a la amistad: él, político; yo, periodista. Igual a conflicto. Luego, como dice él, lo solucionamos tomándonos unas rabas. Con la ocasión me disfracé un poco ayer de invitado y me puse corbata. Me colé así hasta la cocina. Reportero tribulete. Me enteré de tres noticias que iré distribuyendo en estos días. No hay como una hora de picnic en la corte, no se escapa nada. Allí andaban varios académicos, escritores, faranduleros y ministros. Salí de casa con la corbata azul de rayas, mi abrigo gris, bien arreglado, y, una vez dentro, nadie me cerró el paso hasta los salones donde se suponen entran los invitados de la Casa Real pero no los plumillas. Consejos de etiqueta para un taller de periodismo. Cómo colarse naturalmente donde nadie te espera. Luego me fui a casa de Arroyo. Va a cumplir ochenta años y se va a marcar ocho exposiciones en 2017. Entre ellas, una antológica en junio en la Fundación Maeght, algo culmen en su carrera ya que entre los pintores españoles que han tenido el honor sólo hay seis: Arroyo y, previamente, Picasso, Miró, Tàpies, Chillida y Barceló. Mi querido amigo Eduardo anda en esa liga. Me enseñó los cuadros que va pintando. Uno es un paisaje fragmentado de España, vigilado por un mayoral icónico de Zuloaga. Da gusto verle así de activo y con lamparones de óleo en la ropa. Estaba Jorge

Hernández, sus sobrinos, Isabel Azcárate, su maravillosa mujer, hija de exiliados españoles en Venezuela. Con Jorge comparten pasión por el boxeo y los toros, no olvidemos que entre las peripecias de nuestro cuate de la familia está haber sido novillero. Él y Eduardo son dos excesos juntos: uno, mexicano y otro, de León. Nos juntó Santiago Calella, sobrino de Isabel, editor de Turner. Anda ahí, el hombre, un tanto perjudicado por el divorcio. Se le irá pasando. Elena Navarro, su mujer, es gran amiga, igual que Blanca y David Núñez, su maravillosa hermana y su marido, nuestros *sherpas* por las rutas segovianas. Se avendrán. No queda otra entre dos personas inteligentes. Para empezar, Santiago ha contagiado a su prima Ana Aquilina el vicio de la edición. A ver que trae hoy el día. Jorge me pidió que presentara con él su novela *La emperatriz de Lavapiés*, un curioso y fantasmal periplo sobre un hombre que persigue, antes de morir, el ensueño de su amor por las calles de Madrid. Una carta apasionada y dirigida a México y a la capital: 14 de febrero en la *Librería Alberti* de nuestra querida Lola Larumbe. Encantado, mi cuate.

Berria

El mar, perpetuo.
En la mirada,
en el olfato,
en el oído...

El cielo, caprichoso,
fundido al fondo.
La tierra es, sencillamente,
arena.
Copula con el agua y el viento.
Sabe no ser nada.

Las olas la engullen.
El aire la esparce.
Sólo queda en nosotros,
ni siquiera el recuerdo.
Apenas la sensación
de un blando suelo.

Ilusorio, sin huellas.
Con su traza sujeta
al espasmo de las mareas.
Sin meta, perdido
en torno a sí mismo.

Un laberinto donde

te encierras, año a año,
para atisbar el rastro de tu existencia.
Envuelto en salitre,
caprichos de temporal,
aroma de algas,
medusas muertas,
restos de naufragio.

5 de febrero

Ayer fue noche de Goyas. Apenas había visto dos películas: *Julieta*, de Almodóvar y *El ciudadano ilustre*, de Gastón Duprat y Mariano Cohn, dos argentinos brillantes. No suenan tanto como Almodóvar, pero, hoy por hoy, le dan mil vueltas. El hecho de que a estas alturas tan sólo haya visto dos películas candidatas a los premios denota un caso curioso en el termómetro de mis pasiones. Me alejo del cine. Algo que ha sido capital en mi vida ha dejado espacio a las series de televisión, una verdadera fiebre. No he visto *Tarde para la ira*, mucho menos *Un monstruo viene a verme*. Respeto el esfuerzo de la primera, acabaré echándole un vistazo cuando pueda. En cuanto a la segunda, lo dudo. No me merece la pena el desplazarme al cine, salvo en contadas ocasiones. Mira que nos hemos trasladado al lado de los Ideal. Pues, nada. Manolo me dijo una vez que existe una diferencia fundamental entre el cine que hacía su generación y el de ahora, sobre todo con directores como Bayona o Amenábar a la cabeza. «Nosotros basábamos la raíz de nuestras películas en la experiencia. Ellos, en el cine.» La calle, sus fuentes, la familia para los anteriores. Spielberg –no mucho más y dicho con todos los respetos ya que hay pocos directores a los que admire tanto–, para los más jóvenes. Hay excepciones. Fernando León de Aranoa es una. Daniel Sánchez Arévalo, otra. También Isabel Coixet, para mi gusto. Almodóvar bebió de aquello, también. Sus películas derrochaban vida. Acabó hace tiempo, en paralelo con su endiosamiento. Hace ya años que quedó envuelto en un manierismo desconectado del mundo real y que ha secado su imaginación. Sus cuatro últimas películas son una broma. El escombros de un viejo aislado en su propio ego sin el más mínimo interés por lo que le rodea, sin apenas conexión con la vida exterior. Todo impostura, artificio. Boyero es el único que le enfrenta y le saca de sus casillas. Le mete bien el dedo en el ojo, por eso ha intentado que lo echaran del periódico varias veces. Ayer no vino a casa Carlos para ver los Goya con nosotros. Es tradición que lo haga. Otros –Antonio Lucas y Goyo

Rodríguez– fueron peor pensados: «Seguro que le ha salido un plan». Conocí a Carlos la primera vez que fui a cubrir el Festival de Berlín. Año 1998. Nos hicimos íntimos. Representa el último de una estirpe. Radicalmente independiente, alérgico a las nuevas tecnologías, al mundo irreal de lo no palpable, se ha coronado como rey de la red. Tiene batallones de jóvenes seguidores. Creo que es el único líder de opinión de más de sesenta años cuyo discurso interesa a tres generaciones: la suya, la mía y la de mis hijas. Un milagro. ¿El secreto? Su autenticidad. Su incorruptible prédica, que sorprende más cuando halaga que cuando ataca. Como amigo, no tiene precio. Se entrega y te abraza con su tabarra. Es como una tía soltera más aterrorizada por lo que te pueda pasar a ti que por lo que le ocurre a él. Lo cuidamos con esmero sus amigos. Él nos vigila de cerca y se desvive por nosotros también. Compartimos alegrías y disgustos. Forma parte de nuestras vidas de manera muy latente. Lo mimamos y le exigimos. Pena más que nosotros por nuestras desgracias. Nos vela y nos desvela.

Lecciones de arena mojada

I

¿Sientes siempre que existes?
Lo preguntaste de cuajo.
Al borde del cementerio,
cerca de la orilla.
Poco antes, pensaba, sin decirte palabra:
«Si de verdad quieres conocerme,
observa alrededor».

II

Habíamos dejado atrás la playa
y ascendido hacia el monte.
Desde allí extraje lecciones de arena mojada.
Asuntos ensartados
en el rocoso territorio de la infancia.
Que el mar engulle sin tregua,
tan sólo al ritmo de la marea,
nuestros pasos, la senda de las lombrices,
el sello triangular de las gaviotas,
sus huérfanas plumas,
todas las caracolas solitarias.

III

Cada molécula resiste los embates del mar.
El muro de la montaña lanza una tregua pactada:
No te atragantes conmigo, le advierte al agua.
Tan sólo lame mi torso.
Esta piel, refugio del molusco.
Humedece sin tregua el punto de referencia
de aquellos a quienes enmarañas
en tu encrucijada verdosa, inhóspita.
Envía la caricia enajenada de las olas.
Difumina su cresta sobre la espuma.
Yo la acojo.
Aunque sé que mi muerte responde a la herida
de tu insistencia.
Alentada por el influjo de la luna asesina.
Para que los poetas arranquen sus conclusiones:
Morir, no, diluirse.
Fundirnos materia.
Agua, arena, aire.

IV

No más... Mírame ahora.
¿Respondí la pregunta?
Somos ilusión, también.
Y paisaje.
Nubes huidizas,
superficie regenerada
por esa fuerza perpetua
de embates y resaca.
Por el cristal fragmentado del agua.

10 de febrero

Ayer volví a ver a Arroyo. Lo encontré pincel en mano, pintando ese cuadro que le obsesiona. Tiene una gran dimensión: cuatro por tres metros. El mayoral atraviesa 60 paisajes superpuestos: «Es España», me dijo. «Y el jinete con cara de mala hostia, ¿eres tú?», le pregunté. «Un poco», respondió. Arroyo basa gran parte de su encanto en un cúmulo de paradojas. Es lo que me seduce de él, aparte de tantas otras cosas. En una entrevista, y no digamos ya en cualquier conversación, es capaz de decir una cosa y la contraria, sin perder apenas la razón en ninguno de los dos casos. Lo aprendí de él cristalinamente. Ese es el jugo de las mejores entrevistas. La paradoja convincente. Y así lo busco y lo practico en las preguntas. Él es así: visceral hasta contradecirse sin duda aparente. Hace poco anduvo entre la vida y la muerte. Se recuperó, revolviéndose y poniéndose de nuevo en pie, como un toro. O como un boxeador *sonao*, que se levanta justo antes del KO. Sigue arriba, pero no caminando, corriendo en su huida rabiosa de la muerte. Su obsesión desde hace tiempo es la misma: ¿cuál será mi último cuadro? Quizá por eso, esta semana ha inaugurado dos exposiciones y pinta obsesivamente con la meta de esa antológica que le espera en Francia. Un lujo, su amistad. Llevaba unos pantalones de pana enmarañados de pintura. Se sienta en un sillón a la medida justa para la perspectiva del cuadro. Vive sus ochenta años como una fuerza de la naturaleza. No decae, ni se rinde. Sigue inspirado. Cuando acabe esta obra quiere empezar otra de similares proporciones: «Van Gogh tendido en la mesa de billar donde lo colocaron al encontrar su cadáver después de que se pegara un tiro...», me dice.

Donde Federico

Para Ian Gibson

¿Dónde estás?
¿No ves que te buscamos, Federico?
¿Dónde estás?

Marcaste ese requiebro a la luna;
quizá, para mirar del otro lado.
Acompañaste a la lombriz, a la hormiga.
Tierra adentro, al fondo del pozo,
para regar lo yermo desde todas las fuentes.
O brotar chorros de agua helada en Aynadamar.

Federico, ya es tarde,
¿dónde estás?
No entiendes que de todas las preguntas
dejaste este absurdo sin respuesta:
Dónde... ¿Dónde estás?

Puede que te seduzca la vitola
de vocablo rodante, esa metáfora de pelota,
ese sonido de envoltura: dónde, dónde...
¿Dónde estás?

Sabemos qué, por qué, cuándo, casi cómo.
Y aun así, nos impones otro enigma.
Tu propio secreto en lo alto de la ola

que no morirá en la orilla,
que se recogerá hacia adentro contigo.
Escurridizo, ingrávigo, inmortal,
dentro del agua, ardiendo.

Federico, ¿dónde estás?
¿Te quedaste ahí, quieto?
Sobre la ira de nuestras paredes.
Entre la corteza impotente
de cada una de las sinrazones,
lanzando preguntas que hieren
y terminan en esta, sí, castigo:
dónde, de nuevo, y otra vez, dónde...
Contesta, Federico: ¿dónde estás?

¿Acaso mirádonos como un Cristo pagano.
Pálido, derrotado, fugaz...?
Nos lanzas preguntas que hieren
y terminan en este dónde perdido.
Castigo, penitencia de sol, sed,
desierto de olivos, cadáveres, mártires inocentes,
huerto en barbecho, ciénaga impermeable
sobre la que se agolpan los muertos.

¿Es ahí donde reposas con tu sudario que supura versos?
A veces te siento, escabullido en los ramajes.
Quieto en medio de la sombra,
tras haberse cumplido aquello
que con razón aún temes:
Asesinado por el cielo.

11 de febrero

Tuvimos una reunión en el periódico. Tengo la sensación de que con la irrupción de internet revivimos algo que se puso en marcha hace años en el campo de la televisión cuando entraron las privadas. Lo terriblemente vulgar. Hemos entrado de lleno en una especie de dictadura del clic que o se ordena desde arriba sin que se dejen llevar por la corriente fácil, o nos hundirá y transformará incluso los medios de referencia en periódicos del montón. Es la queja máxima. Cierta predilección por la pedorrez nos ciega. Un espejismo de lo que creemos demandan nuestros lectores interpuesta entre lo que ha sido nuestra identidad. Muchos pensamos que debemos seguir por caminos alternativos a eso. Uno muy evidente. Ante la duda, ya lo decía nuestro maestro, Jesús de la Serna: ¡periodismo! En mi caso, el lema es: lo que dure. Total que, por la tarde, me dediqué a eso, al periodismo. Me reuní con patronos del Museo del Prado que pusieron a parir al presidente de su órgano, José Pedro Pérez-Llorca, padre de la Constitución, pero madrastra de Blancanieves, en cuanto al museo. Al parecer, este hombre ha ido estrangulando a Miguel Zugaza, brillante director de la pinacoteca durante quince años, hasta que este ha dicho: basta. Me voy. Me cuentan que, en gran medida, una parte importante del patronato detesta sus formas autoritarias y cómo, descaradamente, Pérez-Llorca utiliza el museo para sus propios fines. Con Zugaza dimitido quiere imponer a un director de su antojo y no quiere oír hablar de a quien el responsable saliente prefiere: su adjunto, Miguel Falomir. Trato de confirmarlo con Javier Solana, hoy patrono del Prado también y se me muestra esquivo, como siempre.

Por la noche me fui con Pedrín y con Cris a la noche sabinera en el Galileo. Lo inventó hace tiempo Pancho Varona, músico de su grupo y coautor de muchas canciones. Es un éxito. Consiste en un karaoke de temas suyos donde gente que asiste sale a cantar, acompañado por su banda. Lo pasamos bomba pero no me atreví a saltar al escenario. El local andaba repleto y

cantamos como posesos a mayor gloria del maestro. ¡Viva Sabina!

Ansia

Aquellos mocosos y esos hippies
en los garajes se ufanaban:
Nuestros inventos cambiarán el mundo.
Pero lo cierto es que la tecnología mata.

¿Recuerdas aquel tiempo?
Cuando no se había levantado
el telón de las excitaciones.
Cuando eras dueño de las horas.

Ahora, has caído preso
de un pitido en tu bolsillo
que te arrolla, desbarata el orden,
urge a la nada, cambia el rumbo,
te desfalca los días, amarra.

Apaga el teléfono.
Desconfía de la pantalla.
Repele los mensajes.
Mira alrededor.
Desmiente la dinámica.
Imponte al destino.
Huye del ruido.
Véngate ante la prisa
con un poco de calma.

Respira, observa.
Déjate arrollar
por un rapto de sol.
Conquista la plaza.

Eres tú.
Despierta.
Aterriza.
Ríe, llora, canta.

Mantente ilocalizable.
No atiendas llamadas.
Nada importa más
que tu pulso
y quienes de verdad
te acompañan.

16 de febrero

Sigo en la pista del Prado. Unos me confirman las pesquisas, otros no se mojan. No soltó prenda el muy zorro. Pensé que el hecho de que Rajoy le hubiese descartado como presidente del patronato iba a hacerle hablar, dar pistas. Pero nada. Me dio una lección de lealtad institucional, aunque con el hombre equivocado. No creo que Pérez-Llorca la merezca. Seguro que los dimes y diretes de este plumilla lo han puesto en guardia. Me vino a confirmar, eso sí, que sería fácil lo de Falomir. Y que el ministro Íñigo Méndez de Vigo, en cierto sentido, ha desautorizado al presidente del patronato decantándose por la opción de Zugaza en pos de Falomir. Veremos...

Córdoba, otra vez

Volvimos a Córdoba para cruzar el puente.
La sala no parecía la misma.
Quizás, entonces, no había reparado
en los mosaicos que cubren las paredes.

Por los jardines del Alcázar nos escoltaban
cipreses uniformados, tinajas de arbustos,
la humilde exuberancia de los naranjos.

Recordamos, reímos.
La memoria, sólo la memoria nos guiaba.
Y el deseo, fiel deseo...
Incólume, allí regenerado: soberano, cabal.

¿Lo imaginaste? ¿Lo esperabas?
¿Acaso sentiste algún incómodo rapto?

La senda que marcó nuestra
consciente inconsciencia
hasta aquí nos ha guiado.
Hoy le rendimos tributo
entre la rueda de los molinos
asomados al Guadalquivir.

Somos corriente incrustada
en un refugio de abrazos.

Somos verdad.

El árbol brotado de aquella raíz sin estigmas.

Somos la casa del azar edificado.

La búsqueda, el rastro.

La audacia de nuestros pasos.

20 de febrero

Volvimos a Córdoba. No lo habíamos hecho desde que nos conocimos allí Věra y yo, hace cuatro años. Entonces ambos estábamos casados. Fue con motivo de aquella conferencia sobre Baricco. No pasó nada pero sí pasó. Conversamos, disfrutamos de la noche en compañía de poetas amigos: Felipe Benítez Reyes, Carlos Marzal, Carlos Pardo y Antonio Lucas, nuestro Antonio. Cruzamos el puente hacia la mezquita, entramos allí. Casi calcamos el recorrido de nuestros primeros paseos. Hemos tenido tiempo para reflexionar sobre nuestra felicidad, sobre el destino. Un puerto al que fuimos a atracar inconscientes quizá, pero, cada día me convengo más, buscado. Si no, ¿por qué tiempo después, cuando nos despojamos de nuestras vidas pasadas, nos perseguimos para formar lo que hemos formado? Un hogar feliz, una vida juntos. Dimos paseos, comimos razonablemente, me entregué a mis lecturas... Acabé el admirable libro de Renato Cisneros sobre su padre, *el gaucho*, un militar y político peruano. Personaje rudo y contradictorio que describe con rigor, sin ocultar mancha, aunque con la conciencia y la lealtad del hijo. Un dilema literario en forma de memoria impecablemente resuelto. También *La imagen de tu vida*, de Javier Gomá, ambos pertenecientes a lo que yo denomino el género paterno. Uno, novela sobre la memoria; el otro, ensayo y monólogo dramático a modo de coda. Ambos ricos, inspiradores, confesionales, emocionantes. Hoy toca Sokolov en el Auditorio. Ya sólo por eso merece la pena el día. Vamos a penetrar en la oración de ese sacerdote del piano. El número uno, hoy por hoy. Antes de eso, dedicaré el día al Prado.

Sokolov

La sala en penumbra
recibe la luz de Mozart,
carga la piel, respira.
Necesita oxígeno para penetrar,
atenta, en la cueva de Beethoven.

Y tú, Grisha, maestro,
como un cetáceo doliente
o un guardián delicado,
sin mediar palabra,
expones la clave del dilema...

Que la armonía ordenada,
en cualquier traspie,
con una nota al aire,
desaforada y frágil, se resquebraja.

21 de febrero

Sokolov, sí. Y Beethoven para terminar: la *Sonata número 32*. Mozart de inicio. Seis bises, tres horas de música pura. Vino Cristina con Dani Soufi, su novio. Era la primera vez que lo veían. También se acercaron Jorge y su hijo Sebastián, músico. Llegaba de vuelta de México y con su permiso de residencia en regla. Fueron Bastián y Paula y Cristina quienes se habían conocido en el DF, hace años, antes que nosotros. También Mau, la mujer de Aitor Gabilondo, lo probó por primera vez y dijo haber descubierto un nuevo héroe. Le expliqué a Cris que mientras Sokolov siguiera así, en plena forma, era un crimen perderselo. Lleva en estado de gracia al menos quince años. El número uno. Claridad, hondura, oscuridad. El mundo en cada escala. Fuimos a cenar después con Manolo y Alicia Gómez-Navarro, su mujer, directora de la Residencia de Estudiantes, ese templo. En el descanso habían estado con dos jueces tomando la temperatura del caso Urdangarín. A la infanta Cristina la veían claramente culpable, tanto Clemente Auger como José Antonio Martín Pallín. Pero, ellos también son humanos, no les gustaba la idea de que resultara condenada por el hecho de venir la acusación de donde viene: ese contubernio de caverna conocido como Manos Limpias. Algo cercano al golpismo.

Raval

Esa naturalidad...
Las putas y los niños, en la calle.
Las chilabas, los velos,
el cuero y el escote.
La droga, el derrumbe,
los ecos del Paralelo y el encaje.

Libros en las iglesias,
patines, grafitis y obras de arte.
Vestigios góticos,
gatches y accesorios.
Museos, plazas repletas,
ríos de extraños y partituras señeras.

El grito, el murmullo.
Goteras que se inmiscuyen
entre el gemido de las palomas,
los hoteles, las terrazas y los nigromantes.
No muy lejos baña el mar
quejidos de poeta.
Recuerdos de la guerra,
ahogados entre cruceros.

Dentro del Raval, convive el universo.
Resiste el cerco, acoge, recibe, susurra:
No todos somos iguales.

Pero ¿adónde vais, hermanos, con esos estandartes?

23 de febrero

Me he dejado caer por Barcelona. Voy y vuelvo, no resisto ya vivo un paseo por Las Ramblas, atestada de turistas. Amo la ciudad, la he admirado siempre. Pero van a morir de éxito por un lado y de regüeldos independentistas, por otro. Ya está decidido lo de Falomir. Y sacamos adelante la noticia. Habrá que permanecer atentos a esa mar de fondo en el Prado, de todas formas. Un candidato de Zugaza más o menos impuesto por el ministro de Educación y Cultura no parece que vaya a gustar demasiado al presidente del patronato. Este había decidido explorar otras opciones como la de mi querida Leticia Ruiz, la mujer de Peridis. Ella es probablemente la mayor experta en El Greco que tenemos en España. Ojalá le llegue su oportunidad, también. Es una mujer estupenda, entusiasta, entregada, como su marido, una de las personas de mayor vitalidad contagiosa que conozco.

Ayer descubrimos –la especie humana, me refiero– Trapis I: una estrella que gobierna un sistema con siete planetas donde se albergan condiciones meteorológicas parecidas a las nuestras. Queda a 40 años luz. No me da tiempo a acercarme. Lástima... Las películas de extraterrestres ganan en credibilidad, eso sí.

Quedé también con Miguel Rellán, el gran actor. Ha tenido la delicadeza y la paciencia de leer una obra de teatro que le pasé sobre un hipotético encuentro entre Shakespeare y Cervantes. Me confirma lo que algunos me han apuntado antes. No hay tensión dramática o cómica..., algo clave para el género. Yo veo algo artificial exagerarla. Se me ocurre una lucha de egos, pero a modo de comedia. Lo mismo me dijeron Josep Maria Flotats y Gerardo Vera. Coincide con ellos Palmira Márquez, mi agente. Hay que dejar descansar el texto y retomarlo, cuando pueda. He suspendido en teatro, aunque lo podríamos arreglar. Quedo para el curso que viene. Debo acabar lo de Michael Robinson antes. Se lo mandaré a Manolo también. Él me dará su diagnóstico, sabrá desatascarlo. Es un Superman. Juntos hicimos un esbozo

para la web de *El País* al que se prestaron Carlos Hipólito y Luis Merlo. Por el momento hemos colado en el documental como productor a Rafa Díaz Salgado, que fue el último colaborador íntimo de Berlanga y es nuestro vecino en Berria. Tres amigos para un bello proyecto: ¿qué más podemos pedir?

Sueños

A veces me sorprenden
sueños cotidianos.
Me empeño, pero
no logro desecharlos.

Acuden, intrusos,
donde nadie les llama.
Perduran y se anclan, inertes,
al botiquín del recuerdo.

La noche debería ser
terreno vedado.
Prohibir el paso
a las esquinas reconocibles,
las habituales compañías,
ciertos trayectos mecánicos.
A las tiendas, los consultorios
y la burocracia de las oficinas.

En la esperada muerte de cada descanso,
invoco los aquelarres en el entresuelo.
al águila con disfraz de niño,
al ocre desierto.
A la doliente voracidad del mar,
a los volcanes...

Invoco el deseo por el hecho
de acostarme a tu lado.
Reservo la precariedad de lo oscuro
al terraplén de lo ignoto.
A la bienvenida irrupción de lo improbable.

Al brusco capricho.
Al gozo, al imán de algunas galaxias
y de los agujeros negros.
A todo aquello que no alcanza
el estorbo de cada día.

1 de marzo

Me voy cargando de rabia contenida. Aumenta el odio y, ya saben, no me gusta. Con *Harry el sucio* en la Casa Blanca no acierto a ver un futuro prometedor. Ayer aumentó el presupuesto de Defensa un nueve por ciento... Previsible. Lo peor ha sido la manera de justificar la medida con su lenguaje de marine: «Tenemos que volver a empezar a ganar guerras». Dice que en el pasado vencían. ¿Dónde? ¿En Vietnam? ¿En Irak? ¿En Afganistán? Lo más descorazonador, quizá, sea la frágil memoria que muestran sus seguidores. Aprender del pasado para encarar el presente parece una lección borrada de un plumazo en esta era de lo inmediato. Acción contra reflexión: somos robots.

Ayer fue un día ajetreado. Me tomé un café con Ian Gibson en Lavapiés. Hablamos de Lorca. Me notó descorazonado con el cierre de la última búsqueda. ¿Qué sentido tiene seguir con ello en vista de los obstáculos? Ese cuerpo no aparecerá. Prefiere la materia fantasmal que ha adoptado. Quedará sobre nosotros la inquieta sombra de su espectro reclamando la justicia que no se ha impartido. ¿Y esa cerrazón a buscarlo por parte de la familia? Vayamos un poco más allá: ¿pertenece Lorca a su familia?

Comí con Antonio Moral, uno de los gestores de ciclos musicales más brillantes de Europa, aunque podría perecer en cualquier momento de un ataque de ego. Me da pistas, igual que el resto de los responsables de compañías públicas, sobre cómo el cerrojazo del Ministerio de Hacienda impide a las marcas nacionales de danza, teatro y música hacer giras internacionales. El presupuesto no da para pagar horas extras de los viajes. Por tanto, las cancelan con la consiguiente incompreensión de quienes los invitan, que, obviamente, no vuelven a hacerlo. ¡Toma marca España! Todo es mentira.

Me tomé un orujo con Robinson. Había estado con el gran Hristo Stoichkov y le contó una anécdota de Johann Cruyff. Quedaron porque está haciendo un *Informe Robinson* sobre el 25 aniversario de la primera Copa de

Europa del Barça: Wembley, 1992. Un día que el delantero búlgaro del Barça pasaba por una mala racha se apostaron en plan machito a ver si marcaba. El jugador decía que sí. El flaco, que no. Total, 50.000 pelas (300 euros). Cuando al principio de la segunda parte, el entrenador lo vio enchufado y sintió que podía montarla, lo cambió. Al llegar al banquillo jurando, Cruyff le dijo: «Vete preparando la pasta, gilipollas». ¿No es mítico?

Escuchando a Berlioz

Guardo mi mejor ramo de cinismo
para los enemigos;
el néctar de la auténtica honestidad,
para mis amigos;
El centro de mi corazón,
para el amor.

Desbarato el previsible itinerario
del metro con lecturas de poemas.
Invento excusas para refugiarme en la música.
Dejo a cualquiera en la estacada
si se te ocurre llamarme para comer.

«Ando ocupadísimo»,
suelto a quienes me apremian.
Tiro de la misma insolencia
que ellos estilan para disponer de mi tiempo.
Lo amarro, amenazado de sequía,
resignado a una arbitraria
cadencia marcada por intrusos,
que, en otros trances, despisté.

¿Por qué todo se torna inaplazable?
Nos domina el humo,
el vapor de la urgencia,
las cortinas trenzadas del agua.

Un latido subterráneo de peces en desbandada.
La corteza del mundo.
El infausto cliché.

Pero me sirve la poderosa voz de ese barítono
que evoca unas noches de verano:
La consistencia huidiza de Berlioz.
Su extraña llamada efímera detiene este paseo
de ensimismada existencia.
Los choques en cadena.
El murmullo de la silicona.
La certeza del plástico.
Calla por un momento el aullido ronco
de nuestra despellejada ansiedad.

La de los seres autómatas
y los fantasmas heridos,
con necesidad de aferrarse
a verdades de orégano,
realidades de olivo,
relámpagos de orquídea
y enjundias de miel.

2 de marzo

Presentación de *El monarca de las sombras*, la nueva novela de Javier Cercas. Comencé a leerla, probablemente sea el novelista español vivo con quien más me identifico hoy, junto a Antonio Muñoz Molina. Sobre todo desde *Anatomía de un instante*. Comparto su forma radical de emplear lo que denomino transparencia literaria, eso que tan magistralmente exploran hoy Emmanuel Carrère o Laurent Binet, que lo bordó en un milagro moderno de obra que se titula *HHhH*. Qué decepcionante, por otra parte, *La séptima función del lenguaje*. Coincidimos Eduardo Arroyo y yo en eso. No en vano, él pintó *La dacha*, ese maravilloso cuadro en que reunía a Althusser, Lévi-Strauss y Foucault en una habitación, ironizando sobre el grupo que retrata Binet críticamente en su novela fallida. Dice mucho más el sarcasmo de su lienzo –pintado entre seis–, que las 400 páginas del libro. La vemos demasiado francesa, mientras que la anterior nos resulta un despliegue de literatura moderna europea. La novela es casi más forma que fondo. Lo que importa radica en el cómo. Admiro a Cercas, disfruto de su compañía. Hablar con él de vida y literatura es un placer, un privilegio. Siempre ofrece la mirada asombrosa del espectador –o expectante– entregado, el sacapuntas impertinente. Me apetece adentrarme en este *Monarca...*, la historia de Manuel Mena, su tío falangista, muerto en el frente, una huella demasiado incómoda para él en su familia. No sé si llegaré a ventilarlo pronto, tengo otras cosas por delante. Ganas no me faltan.

¿De qué va este poema?

Me levanté con la insistencia de la niebla
y la púdica solidaridad del rocío.
Al abrir la nevera, me di cuenta
de que me rondaba un extraño poema.

Se agolpaban dentro de mí
los tambores de guerra del lenguaje.
Indagué en sensaciones bastardas.
Miré por la ventana y comprobé
la humedad resbaladiza de los tejados.

Aparté las prioridades y abrí el cuaderno.
Todavía no sé qué me cuentas, poema.
Quizá trates de seducirme para quedar
aquí, expuesto, revelado.

Puede que no seas más
que un susurro al amanecer.
Ese secreto que conduje a tientas
desde la cueva del sueño.

O la soberbia que desea quedar
plasmada, escrita. Más allá
del misterio corpóreo de la tinta
que descende entre una extraña fontanería:
Soldada entre la cabeza, los fantasmas,

el ímpetu, el mecanismo de mi brazo...

Esta mano sobre el papel
Hacia los ojos de quien lo reciba.

8 de marzo

Seis días ausente de ti, diario. Me ha devorado el trabajo. He acabado, más o menos, lo de Robinson. Hoy está previsto que llegue la nueva edición de *Farinelli*. Me lo dijo Joan ayer. Fuimos a escuchar a Monika Zgustova –su mujer, escritora checa– hablar de Tsvietáieva y luego cenamos los cuatro juntos. Mucho que celebrar: tantos proyectos por delante con Galaxia Gutenberg. La semana me ha deparado también el descubrimiento de Antonio Otero, una especie de Chaves Nogales, igualmente olvidado. Fue el periodista que le hizo su última entrevista a Lorca y escribió la que se considera primera novela de la guerra civil: *Gavroche en el parapeto...* Terrible título, por cierto, que de valleinclanesco podría hasta funcionar. Hablé ayer con sus hijos, Mariano y Antonio, dos señores encantadores empeñados en rescatar la obra de su padre. Fue de hecho amigo de Chaves Nogales, ambos pertenecieron a la Izquierda Republicana de Azaña. Llevó una vida perra: cárcel en El Dueso, el penal pegado a la playa de Berria, mira tú, exilio, hambre. Tres hijos, su esposa y cientos de humillaciones por el camino de salida a Francia, donde viven desde entonces. Acabaron en Rennes, él consiguió un puesto en la universidad. Buena historia. Vamos pues al rescate de su figura.

Frágil

Quizás el amor sea esa ecuación
que viaja sin remedio
de lo indestructible a lo frágil.

Esa firme promesa de eternidad
que por una mala frase
naufraga y muestra de pronto
la cara del vacío.
La barandilla oxidada en el filo del abismo.

El suspiro de los cuerpos
degenera en vaho de malos entendidos.
La sólida armazón del proyecto muere
ante la franqueza luminosa
y destructora del trueno.

El poder del tacto, aquel mar
que segregamos dentro, se congela.
Pervertido, contaminado por un mal gesto.

Así que, cuidado, atención...
Despide el día con una copa
donde no quepa apenas posibilidad
reservada al rencor, ni al secreto.

Inventa caricias, miradas elocuentes

en las que hallar la certeza del amparo.
La recíproca solidaridad...
Esa ternura forjada con jugo de acero.

12 de marzo

Regresamos ayer de Barcelona. Me pasé por el Liceu para hacer un reportaje con Carlos Álvarez y Javier Camarena. Carlos regresa para cantar *Rigoletto* y Camarena debuta en el papel de Duque de Mantua. Es la primera vez que aparecen juntos. Un acontecimiento. Me llamó la atención la pura humildad de Camarena. Escuchaba a Álvarez y le hacía preguntas. Él es un oráculo del canto verdiano. Lo sabe todo al respecto, aparte de una extraordinaria persona. Médico de formación, barítono colosal. Como jamás sale una tontería de su boca, Camarena atendía consciente de que se encontraba ante alguien realmente sabio y con ascendente moral. Carlos lo es, persona comprometida y radicalmente humano, anduvo tumbado en la lona por un problema en las cuerdas pero ya ha vuelto a la primera línea mundial. Los médicos sostenían que no podría regresar y ahí está: más humilde, más entero, más cuajado aún, si cabe. Admirable.

Al día siguiente entrevisté a Gustavo Dudamel. Era la primera vez que lo veía desde que se ha casado con María Valverde, la actriz española. Lo encontré feliz y maduro, como músico. Ya es estrella global y consagrada: aquel chico que encontré en Caracas con sólo veintisiete años y que este año ha dirigido el Concierto de Año Nuevo en Viena. Afronta sereno las críticas que le llueven. Se le han terminado las mieles del niño bonito. De nueva savia y esencia en la música, de mesías. No le pasan una. La envidia ante lo evidente, ya saben. Le pregunté por el maestro José Antonio Abreu, su mentor y padre del Sistema de Orquestas en Venezuela. No debe de estar pasándolo bien con su país al borde del barranco y en llamas. Puso cara Gustavo de hacerme saber que anda cerca del final. Admiro en él esa inocencia perdurable en mitad de la presión. Ha sido símbolo y ha sufrido ataques ante su equidistancia, cada vez más crítica por su parte con el Gobierno del café Maduro. Ya ha roto lazos. Apenas puede volver al país cuantas veces desearía por miedo a que lo aporreen o lo detengan y le quiten el pasaporte. Dirigir dos

orquestas enormes al tiempo (la Filarmónica de Los Ángeles y la Simón Bolívar) y liderar proyectos en medio de algo tan antagónico como Estados Unidos y Venezuela a la vez –a ver quién se atreve a tanto sin salir herido del trance– tiene mérito. Ya dirán. Supongo que lo aguanta porque está muy centrado en lo primordial: la música. Y ya. En Barcelona afronta ni más ni menos que las nueve sinfonías de Beethoven en unos días. Anduvimos en el ensayo del Palau de la Música. A Věra le entró un pequeño bajón. Dice que de alguna manera sintió una energía reconocible: aquella que emanaba de la estructura pasada del comunismo en su país. No por Gustavo, sino por lo que rodea a la parafernalia de la Simón Bolívar. Es, a pesar de todo eso, una gran orquesta. Quede claro. Será que le entró el yuyu porque llegó algún agente de la embajada venezolana. Barcelona, por otra parte, ya saben, infestada de turistas y con ese tufillo *indepe* tan inquietante. Un problema serio.

Perianes

Entre la molécula y el cuerpo
media una gota de sonido.
Puede que un manto de terciopelo.

Schubert se hizo carne.
Falla, Debussy, Albéniz,
un tronío de delicadas voces:
Vivas, modernas, presentes, fantasmales...

Perianes, al piano.
Una ola de audacia;
la frontera del lenguaje.

La senda hacia el núcleo
de una íntima dimensión.
Oscura, solitaria, anónima.

La justa medida para terminar el día,
envuelto en un sueño de fugaces realidades.

30 de marzo

Muchos días lejos de ti, diario. Aunque en medio ha brotado algún poema. No es cuestión de recopilar, sí de mirar hacia delante. Estuvimos en Barcelona viendo aquel *Rigoletto*, Věra conoció a Sandra, la actual novia de Boyero. Me llegó la preciosa edición de *Farinelli*. La presento hoy en la Escuela Superior de Canto de Madrid. Me acompaña Iñaki Gabilondo. Cuando se lo propuse, pensé: cuestión de voces. Un sueño estar junto al maestro y a Joan, el editor ideal para cualquier autor. Ayer fuimos a ver a Perianes. Punto y aparte.

Creo que es lo mejor que he escuchado este año: pletórico, sutil, delicado, profundo. Tocó Schubert y en la segunda parte arremolinó a Falla con Debussy y Albéniz. Una clase magistral para ahuyentar el alcanfor y renovar, de verdad, la escuela española con una esencia modernista y verdaderamente contemporánea. La belleza, en suma. Si con treinta y ocho años anda así, qué será cuando cumpla cincuenta. Es un pianista al que no se le aprecia techo alguno. Uno de los grandes hoy, a nivel mundial. Ejemplo de audacia, sensibilidad y ambición artística. Un lujo seguir de cerca su carrera, con Věra trabajando codo a codo con él y Lidia, su extraordinaria mujer.

Ayer se produjo el Brexit. Se acerca la negociación a cara de perro. Acabé el libro de Michael al que le hemos dedicado un capítulo: «*Fucking Brexit!*», se titula dicha parte. Le ha gustado la idea. El día del referéndum lloró como un niño. Sigue en ello. A mí me pareció triste pero previsible. Ningún trauma en mi caso. Los prefiero fuera de la Unión. Desde que se creó no han hecho más que poner palos en la rueda. También estaría a favor de que salieran Hungría y Polonia. Hablamos de pertenencia voluntaria. ¿Quién quiere dentro a quien no desea formar parte del proyecto? Si tienen esos dirigentes antieuropeos, será que dichos países están en contra: pues muy bien, adiós. ¿Cómo consensuar políticas junto a boicoteadores? Entre menos, mejor marchará la cosa. Pareciera que nos hemos aliado a pequeños enemigos dispuestos a volar el sueño. No creo, además, que se contagie. Más bien, su

salida refuerza la voluntad de quienes verdaderamente desean quedarse dentro.

Semana Santa

El escalofrío de los tambores...
Aquel vecino capuchón que me asustaba
al atravesar el pasillo, languidece dentro de mí.

Siento alivio tras los grilletes.
Renuncié al peso de los cirios,
al frío metal de las cadenas.

Pero aún queda pendiente, aún espero, más fe.
No en Dios, sino en el hombre.
Una ansiada victoria sobre los ritos,
las cruces, el incienso, los costaleros.

Esta Semana Santa resuena en la calle
una tímida alegría de copas de vino
y vidas llenas, frente a cálices vacíos.

Pero retumba todavía el lodo lúgubre.
Un reto constante a la involución en los sermones
sobre el sentido común de las buenas conciencias.

3 de abril

Acabamos de aterrizar en Pelayos. Un cuco nos hace compañía. Tengo mucha ilusión puesta en nuestra nueva arcadia. Queda muy aislada. La atmósfera sonora la componen pájaros y campanos. De vez en cuando, algún coche. Han llegado ya algunos muebles. Lo básico: camas, sillas, mesa, estanterías... Nos excita montar el refugio. *Lula* no deja de marcar su territorio por el jardín. Hemos arrasado un chino a la entrada de Segovia con utensilios. La mudanza se ha retrasado un poco y nos han dado posada en el Rancho de la Aldehuela, por Torrecaballeros: huevos con patatas y lomo. Hoy me salto el régimen, qué coño. Atardece con una luz que nos atraviesa, pero lo hace con una lentitud soberana. Věra es feliz como buena moza de Valaquia en esta tierra de nadie segoviana. Ha comenzado a identificar con el olor, la vista, el olfato, la flora y la fauna de nuestro hábitat. Me saca ventaja por haber crecido en el campo. Le imprime mucha más sabiduría, carácter y apaños para la supervivencia que la de este pobre urbanita desubicado. Tiene todos los sentidos ultra desarrollados, empezando por el sexto. Es un genio de la anticipación. Gusto, oído, olfato, vista. No digamos, tacto. Es nuestro primer atardecer en Pelayos. Ya va cayendo el sol.

Me despedí de ti, diario, el día 30 de marzo sin haberte contado la presentación de *Farinelli* en la Escuela de Canto. Fue breve, estuvo bien acompañada y enjundiosa. Cuando escuchaba a Iñaki Gabilondo formular preguntas, me parecía todo absolutamente irreal. Envueltos en ese terciopelo rojo del escenario, ante más de 200 personas. Me siento realmente querido por mis amigos. A veces temo ser injusto con ellos. Recibo demasiado cariño, ¿qué les doy a cambio?

Lula

Miura en miniatura.
Hay que ver cómo llamas
la atención en la plaza.
Con tu hocico radar,
la barba colgando,
Sin interés hacia los de tu especie.

Marcas el rumbo del capricho
que guía la brújula del olfato.
Recibes la caricia anónima
de mujeres desoladas al amanecer
y de sonámbulos borrachos.

Te siguen con los ojos
y una sonrisa que marca
cierto paréntesis en su angustia.
Puedes hasta hacerles olvidar el mal rato.
Llegas a casa.
Te acurrucas.
Apenas pides nada:
Cuidado con la puntual ración de la comida.
Caricias, de vez en cuando.
Compartir alegría en familia,
algún resto de la mesa,
respeto al descanso.

A cambio, escuchas
El relato de los días.
Secretos involuntarios.

Te debo la pronta hora
de la mañana,
el mecánico primer vahído de pensamiento.
La puesta a punto para comenzar el día.
El temprano rayo de sol,
un certero aliento.
Ese cambio biológico de mis costumbres.
Un trozo abismal de vida.

7 de abril

Ayer acudimos a escuchar *La pasión según san Juan*, con Marc Minkowski y Les Musiciens du Louvre. Lo hicieron a ocho voces, ni que decir tiene que espléndidas. Componían todo el coro. Luego cenamos con Aitor y Mau. Su proyecto de *Patria*, la adaptación de la novela de Aramburu, marcha. Tiene medio en el bote a HBO y sería la primera producción española de la cadena. Bajo esa marca se ha producido ni más ni menos que *Los Soprano*, *The Wire*, a *Dos metros bajo tierra* o *Juego de tronos*... Con eso lo digo todo, ¿no? Existe un antes y un después en la historia no diré de la televisión, sino de lo audiovisual, tras la creación de HBO. La novela, insisto, es fascinante. Da en el clavo de algo tan complicado como el conflicto vasco. Supone una terapia colectiva a coro sobre lo que han sido los años del terror: en el orden social, a pie de calle, de vecinos, del comedor de casa. Cien por cien vasca en lo mejor, que supera con creces lo peor de una sociedad genuina pero emponzoñada de fanatismo en el pasado.

Ando preparando un pincha pincha sobre Picasso. Visto que el periodismo degenera en listas, ¿quién va a poder superarnos a los de cultura en esa simple metodología con todo lo que hay para hurgar ahí? Podríamos fabricar cada día una con el mejor contenido: libros, música, arte, cine. Pensé, a raíz de la expo que hay en el Reina Sofía, preguntar a varios directores de museo qué cuadro de Picasso colgaría en su casa. Y así vamos... Toda la vida tratando de desentrañar en nuestra generación la complejidad de los entramados culturales, defendiendo el papel central de los creadores y resulta que debemos pensar en cosas mucho más simples. Sin embargo, no somos capaces de rebajar el nivel. Nos resulta complicadísimo. Es lo más complejo a lo que nos hemos enfrentado: aterrizar en la simpleza y la frivolidad. No vamos a saber. Si no aprendemos a manejarnos en ese nuevo código, lo tendremos crudo. Trump representa eso: la monstruosidad de lo simple. Parecemos vacunados ante tales fenómenos como sociedad. Esta semana se ha producido

una noticia que dice mucho al respecto. En ese programa que se me antoja el máximo ejemplo de la falsedad de lo auténtico presentado por Bertín Osborne, se entrevistó a Aznar. La audiencia le cayó siete puntos de golpe. Está claro: el personaje produce urticaria colectiva. Perdón por el ataque de paradojas. Estoy leyendo a Chesterton, un maestro de dicho estilo. *El color de España* se titula el libro. Tiene su gracia.

Tiempo

(Bajo el cronómetro de Safranski)

El ser humano debe morir:
No ha aprendido a enlazar
el final con el principio.

Lo dijo el médico Alcmeón
cuando aún balbucían los conceptos:
Presente. Pasado. Futuro...

Tiempo que es trino.
Padre, hijo, espíritu santo...
Todos imparten consuelo.

Somos seres del instante
en medio de una furia de desaparición.
La señal luminosa de lo simultáneo.

Ilusión persistente en pugna
con el cuerpo y el espacio
que araña y ladra ante las puertas del alma.

Lo que allí fue pasado
aquí se hace presente.
¿Dónde queda el futuro?

¿Acaso tiene derecho cada generación
a profetizar su propio apocalipsis?

Más nos valdría domar el ego.

Sólo nos conduce el eje del tiempo.

Cuando el río nos lleve,

nunca faltará agua que empuje la corriente.

8 de abril

Me fui a Valencia para entrevistar a Yuja Wang. Se habían inventado una movida con ella y la exhibición de medusas en el Oceanografic. Tocó un preludio y una mazurca de Chopin. Siempre me ha inspirado esta pianista una ternura paternal. Me resulta una frágil figura de porcelana china perdida por el mundo que calza tacón de aguja y minifalda ajustada para salir al escenario. Le dediqué un capítulo en *Contar la música*. Es diminuta pero guarda dentro un torbellino interior. Desde los catorce años ha vivido fuera de casa y se ha enfrentado al mundo a miles de kilómetros de distancia. Amable, simpática, *destroyer* cuando bebe, punki, presumida, se hace querer. Las medusas acompañaban perfectamente: esquivas, asombrosas, juguetonas, bellas en su permanente coreografía acuática.

Tirso de Sabina

El azar nos hizo vecinos
pero aun no te he visto
por la plaza.

Sé que el río de la calle
no se ha helado en tu sangre.
Aunque añoras la distinción
que otorga el anonimato.

Salimos perdiendo.
Apenas alcanzas a oler
los fértiles orines del extravío.
El perfume que conserva
la sonrisa de los derrotados.

Pero nos acompañan
tus hermosas canciones:
Esa notaría del paisanaje.
Esa férrea cronología,
pasacalles amorfo
de nuestros descalabros.

La línea que entronca
los sabañones de la posguerra
con el licor perenne
de nuestras libérrimas miserias

halló en tu voz rota de trovador
y el compás de una ancha guitarra
el quimérico jalón que las cantara.

Este Madrid mestizo,
luminoso y desbarrancado,
te siente vivo.

Pese a que te fustigues
y todo lo niegues ahora.
Agazapado en el balcón,
atado a la luminaria
enjundia de un cigarro.

Tirso de Sabina, Sol
Gran vía, Tribunal...
Línea uno.
Cunde el itinerario.
Sigue siendo válido el recorrido.
¿Dónde queda tu oficina...?

13 de abril

Creo que mañana terminaré la biografía que Julio Valdeón le ha dedicado a Sabina. Buena fecha para cerrar el libro: 14 de abril. Día de la República. Ha trazado un gran retrato de nuestro vecino en Tirso de Molina... O Tirso de Sabina, como prefieren algunos. Un trabajo riguroso, profundo, arriesgado, en tromba, sobre el que sobresale este genio trovador, clarividente, crudo, listísimo, tierno radiógrafo de nuestras almas.

Semana Santa. Jueves Santo, para más señas. Esperamos la visita de Daniel Melmerstein y su *troupe* anglo- colombiana. Anda por Segovia, concretamente en Berrocal, a cuatro kilómetros de Pelayos. Ha caído ahí por casualidad. Hace veinticinco años que nos conocimos haciendo el máster de periodismo de *El País* y nos hemos seguido viendo. Que se trasladara a vivir a Londres y formara allí su familia, no ha impedido el contacto más o menos periódico. Le conté a Věra cómo eran las Semanas Santas de mi infancia. Con vigiliyas, ayunos y ejercicios espirituales. Con procesiones y misas desde el Domingo de Ramos en adelante. Recogimiento, apenas ocio más allá de *Ben-Hur*, *Quo Vadis* o *Los diez mandamientos*. Era una buena forma de pasar el rato. Reconozco que las procesiones me ponían. Tenían aquello del espectáculo en directo. Hoy ha sustituido a todo aquello lo lúdico y un sano laicismo ha impuesto su ley contra esa extraña predilección sadomasoquista. Este país es otro. Y ha bastado sólo una generación para ir apartando la carcunda.

Ayer me fui al Calderón con Goyo. Puede que sea la última vez en mi vida. Era el primer partido de cuartos de la Champions contra el Leicester. Quedaron 1-0. Resultado corto para la vuelta, pero más que suficiente para el cholismo. Voy a echar de menos ese lugar. No sólo porque lo considero el mejor campo de España y temo que la energía que ha transpirado no pueda reproducirse en el Nuevo Wanda Metropolitano. La afición va a tener que esmerarse. Ya, prácticamente, me he convertido en atlético. Otro motivo para

la nostalgia son todos los conciertos que he vivido allí: desde los Rolling en el 82 a Bruce, Pink Floyd, Bowie, Lou Reed, U2, Paul McCartney... Dios mío. Todo Cristo. Te vamos a echar de menos, Manzanares.

Yo quería ser...

Yo quería ser actor.
Pero acabé en un puesto
de albañil del lenguaje.
De vez en cuando
meto paleta al periodismo,
coloco un ladrillo de novela
o atasco el desagüe
del pensamiento con un ensayo.
(Basta ya de símiles, agotan la paciencia a la tercera.)

Yo quería ser arquitecto.
O mejor, como mi tío Joaco.
Pero dibujaba sin atención ni fantasía.
Me salía de la línea con el rotring
y jamás alcancé a entender
la áspera lógica del cálculo.

Yo quería ser futbolista.
Pero era torpe, vago
y poco sacrificado.
No pasé de palomero
en permanente fuera de juego.

Yo quería ser músico.
Daba igual el instrumento:
Piano, guitarra, batería, voz...

pero el solfeo representaba
un jeroglífico y la voluntad
requerida, como la piedra de Sísifo.

Me niego a seguir
conjugando el pasado.
Ese tiempo maldito,
que sólo devuelve frustraciones.
Me remito al presente y al futuro,
si aún alcanzo a ensamblar el verbo,
a ser consciente de mi destino.

Albañil, chispas, fontanero del vocablo,
eso es lo que soy.

18 de abril

Me pasé ayer por la presentación de *Aventuras Ibéricas*, el libro de Ian Gibson. Lo acompañaba un Pedro Sánchez en proceso de ave fénix tras su defenestración en el PSOE y el magistrado Martín Pallín. Gibson evoca la alegría y el amor que le ha producido siempre España. Sobre todo la gente. Pero también la rabia de quedarse a menudo en este país que puede llegar a ser y no es. Dice que tenemos tres asignaturas pendientes: la república federal, un pacto por la educación y los muertos en las cunetas. Coloca este último como condición previa a la resolución de los demás. Sin reconciliación, sin perdón, no hay futuro. Yo disiento del orden, aunque los tres también me parezcan cruciales. Coloco en primer lugar el pacto por la educación: con otro tipo de enseñanza no se habrían producido según qué catástrofes. No existiría tanta miseria moral. Si la Institución Libre de Enseñanza hubiese podido aplicar sus métodos, no lamentaríamos hoy cunetas atestadas de cadáveres. Quizá sea demasiado idealista, pero creo que hubiera ayudado a atemperar el odio. Aun así, la ceguera continúa. Escucho precisamente en la radio que a la recuperación económica no le acompaña la reversión de los recortes en la educación pública. Otra cosa es la concertada, que sí, ahí hay dinero. Para los colegios religiosos, preferentemente. Con el control de las conciencias desde primaria, siguen teniendo la sartén por el mango. El recorte permanece igual desde 2008: 7.200 millones de euros menos. Un escándalo. La educación pública y laica de nivel en este país sigue siendo una quimera. Una excepción a cargo de la buena voluntad de muchos maestros. Si es lo que de verdad deseas, te lo tienes que pagar. El acceso total al control por parte de la Iglesia es predominante. No cesa. Es la clave, en ese punto no desisten. Lo saben y no ceden. De *El laberinto español*, obra maestra de Gerald Brenan, también habló Gibson. Y de cómo ayudó para que lo sacaran del bote de formol en que lo conservaban en la Universidad de Málaga. Brenan nos enseñó que tras la guerra civil permanecían intactos tres asuntos históricos sin resolver: los

latifundios, el ejército y la Iglesia. Parece que los dos primeros han quedado superados y normalizados tras décadas de progreso y democracia. ¿Cuál persiste? La Iglesia sigue ahí, moviendo aún demasiados hilos en nuestro país.

Gravedad

Con el único paréntesis
del canto de los cucos,
esas discusiones entre ranas
y el eco callado de las montañas,
siento la gravedad del silencio.

Apenas, nada más.
El bloqueo de mis oídos,
la siempre bienvenida alerta
de mi imaginación, preñada
por algún espectáculo extraordinario.

Por ejemplo:
La primavera que muda
en los ariscos ramajes,
abandonados por el invierno,
con su imperio verde
de pura regeneración.

Y, de repente,
tu cuerpo convoca el aullido
que se resquebraja en múltiples cristales
de sólido vaho.
Al fondo de ese agujero,
donde sólo cabe la precisa compañía
de gemidos soberanos, mientras prende la mañana.

19 de abril

Ayer me confirmaron Doris Salcedo y Azriel Bibliowicz que me acompañarán en el próximo Hay Festival. Doris andará por Madrid montando su *Palimpsesto* en el Palacio de Cristal del Retiro y Azriel viene también, a pasearse por acá. Ella es, sin duda, la artista latinoamericana más grande a nivel mundial. La admiro desde que vi *Sibboleth*, su impresionante grieta en la sala de la turbina de la Tate Modern, en Londres. Ahí sigue la cicatriz de la obra que nos plantaba en mitad del suelo una metáfora de la desigualdad, la injusticia, el perpetuo desencuentro entre los mundos. Para Madrid ha ideado lo siguiente: una superficie de arena y un mecanismo hidráulico que escribirá permanentemente con agua los nombres de los desaparecidos en el Estrecho. ¿Se puede ser más contundente? Mujer discreta, humilde, admirable, bella. Aquí la esperamos. Azriel, su marido, es un judío colombiano sabio y gran escritor. Su obra es singular. Ha contado la diáspora del holocausto a América Latina. Dos novelas suyas, *El rumor del Astracán* y *Migas de pan* abordan la notaría de un desembarco. Ese que ha forjado en Colombia y países vecinos una curiosa relación con el judaísmo en toda América del sur. Los conocí gracias a Manolo. Nos hemos visto en Colombia y en España. El vínculo se refuerza incluso en la distancia con un cariño que crece y se alimenta.

Amanece en Berria. El sol ha salido pegado a la cara del Buciero. Estoy aquí por dos cosas: presento estos días *Farinelli* en Santander y viene Javi Otero para visitar Santoña y ver el escenario donde queremos que se represente *La cáscara amarga*. Hace un año, Paula convenció a sus compañeros de clase para trabajar la novela en teatro. Buscaban un texto sobre la guerra civil. Leyeron el capítulo en que Emilia se queda sin chocolate en la primera comunión y les impactó. La energía de 20 chavales con dieciocho años se puso a trabajar al límite para dar vida al drama de Emilia. Javi los dirigió en un montaje arriesgadísimo de teatro inmersivo. Formas de narrar. Otra vez el cómo. Yo había planteado la novela como un homenaje a

Chaves Nogales. De las eternas conversaciones con Emilia, cuando me contó su vida, pero sobre todo su infancia de pérdida, muerte y hambre en Santoña, quería hacer un perfil con personajes. No se me ocurrió jamás que podía llegar a convertirse en una apuesta de teatro vanguardista. Javier bifurca la acción. En un momento dado, el público debe seguir las peripecias de Emilia y sus hermanos en la calle o las de su madre en la cárcel de Saturrarán. El escenario es natural. Creo que debe ser el fuerte de San Martín. Lo han estrenado en la cárcel de Segovia. Para ellos es muy importante la energía que despide el entorno. Santoña en sí les aportará una descarga tremenda. Será tan emocionante, si se da, que no me fio, como curioso: ver cómo el pueblo funciona ante el espejo de su propia tragedia. Tampoco espero mucho: a la novela ni le han echado un ojo. Para presentarla en el pueblo, en su día, me pidieron que rellenara una instancia. Manda huevos.

Vino Sergio Vallín estos días. Nos trajo a María, su novia, una bellísima y listísima muchacha paraguaya. Sergio es el guitarrista de Maná, gran amigo. Buscan casa en Madrid. Llegaron con su amiga Helen, venezolana, y Verona, la hija de esta, un bebé que transmite una paz contagiosa. Sergio se divorció ya sin mucho trauma más allá de lo mal que lo pasó antes de decidirse. Rompió el miedo y ahora todo sigue su curso. Yo lo animé, confieso, no debía reconcomerse y ahogarse en una relación moribunda. Sus hijos lo entenderían bien. Son chavales nobles y lo adoran. Ha tomado la decisión correcta. Se le ve feliz. Es uno de los músicos más brillantes y sensibles que conozco. Rezuma calor y ternura. Es adorable, como Fher, entrañables ambos. Lo opuesto a la parafernalia fría y artificial del rock. También aprecio a Álex González, para mí, el mejor batería en activo, con esa pinta de mariachi gótico que esconde a un padrazo. Por no hablar de la adorable discreción de Juanito Calleros, el bajista. Adoro a los Maná, ya lo saben. Una de mis múltiples debilidades.

Paisajes

A mis años creo haber hallado
un paisaje para cada estado de ánimo.

La falda del monte en Segovia,
prólogo de la llanura, con su cielo azul,
cobijo del frío, resignado también
a la hoguera del verano,
y eficaz cortafuegos de cada infierno
persistente, en su milenaria frontera.

La boca del mar que engulló mi infancia
en la playa de Berria, donde todavía
contemplo la batalla del horizonte,
la simiente del agua que preña chaparrones.
El continuo espejismo de los rayos
y las tormentas, cobijados por la blanca arena.

Todo eso conforma mis raíces.
Alienta el paso de los años,
apuntala mi identidad.
¿Quién soy? ¿Qué espero?

Si el camino de los paisajes en que confío
no me arranca del laberinto...
De esta sima, cuajada de contradicciones.
De la enana marrón, sedienta de firmamento,

Pero jamás saciada de la insistente paradoja.

28 de abril

Termina este mes de abril con buena cosecha: cinco poemas. Voy acercándome al final del cuaderno y de este ejercicio inspirado por Paula y Cristina. El itinerario ha sido tranquilo y excitante. La vida ha transcurrido sin graves sobresaltos. De ahí el mérito en resaltar el arte y la inspiración de lo cotidiano. Es el mundo el que anda desbocado, loco. Ya no entra en los parámetros de lo inconcebible ni tan siquiera una catástrofe nuclear. Me levanto con la última bravuconada de Trump: «Se avecina un conflicto grave, grave con Corea del Norte». De sus palabras podemos deducir que existe la mediación de China, pero en ellas se trasluce un redoble de tambor bélico. Es un descarado Agamenón con ganas de lío permanente. Compruebo con cierta esperanza –un pelo, no más– que en la tele de Estados Unidos existe una ofensiva sin tregua ante lo que representa la llegada de este individuo al poder. Lo más increíble es que se refleja de inmediato en la ficción. Asombra cómo una serie como *The Good Fight*, estrenada apenas cuatro meses después de la victoria del payaso abominable, queda ya impregnada por su presencia. Admirable. Por no hablar de los equivalentes al Gran Wyoming de allá, más ácidos si cabe, como Alec Baldwin y compañía en *Saturday Night Live*. Claro que no veo a los partidarios. Debe causar úlcera sólo escucharlos. En España, hemos acabado con Esperanza Aguirre, de momento. ¿Volverá? ¿O se ahogará en la propia ciénaga que rellenó de agua pantanosa en su mandato? Todos sus colaboradores cercanos están en la cárcel. Le salieron ranas, dice. Y ella, tan pérfida, de rositas. Viva. Una profesional de la dimisión. Por el momento se ha librado de la cárcel, lo que, en según qué casos, es una victoria. Puede estar contenta.

Ayer estuve en el Pozo del Tío Raimundo. Fui a visitar a la Madre Teresa, una monja que colaboró con el padre Llanos. Lo que fuera territorio de los jesuitas desde el franquismo a los años ochenta se ha convertido en una especie de milagro ecumenical a la fuerza. Conviven evangelistas con

católicos, musulmanes con ateos. Y sin tensiones. Fui a que me contara cómo, al final de su vida, Llanos acogió las profundas creencias católicas de La Pasionaria. Nada menos. La que fuera leyenda comunista acabó abrazando la fe, sus días rezando y comulgando y en gracia de Dios y la virgen, decía. No hallaba en ello nada incoherente ni contradictorio. Es algo que desveló Pedro Miguel Lamet, otro jesuita, en la biografía de Llanos. No hay nada que case más con el Evangelio que el comunismo, sostienen. Ver para creer, digo yo.

Maestro

(A la muerte de M. A. Bastenier)

Desenmarañar prejuicios,
acercar el caleidoscopio
de la esquivada verdad.
Tambalearse seguridades,
la duda, la desnuda certeza de la duda,
como único faro.

Mirar al mundo que arde en hogueras,
engendrado entre las gélidas
paredes de los palacios.
Amparar con la palabra sobre el papel
siempre a sus víctimas.

Seguir el palpito
de la certera contracorriente
que arrastran los siglos,
seguros de que, en el pasado,
fluye la respuesta del presente y el futuro,
estampados una y otra vez,
contra las mismas murallas.

A eso aprendimos contigo.
La crudeza de abandonar
el idealismo, pese a conducirnos así,
a la más dolorosa evidencia.
Aniquilaste sueños, utopías.

La luz al cabo del camino.
Y nosotros, agradecidos:
por habernos mostrado el siniestro orificio.
Todas esas realidades,
el hedor del buen análisis.
La palmaria, espantosa prueba.
Nuevos, desagradables sentidos.
Un renacer abrigado
en el agudo entendimiento
que de ti extrajimos.

Primero de mayo

Ha muerto Miguel Ángel Bastenier. Un maldito cáncer. Se fue con las botas puestas. El mismo día podíamos leer un artículo suyo: «Revolución en el siglo», sobre un libro de Josep Fontana. En una de sus últimas lecciones dio como siempre en el clavo. Dijo que existe una batalla –confusa, añadiría yo– que enfrenta la comunicación con el periodismo. Debemos ganarla: los periodistas, claro. Simplificando, podríamos decir que el periodismo es el arte de desnudar la verdad, mientras que la comunicación, a menudo, consiste en el oficio de maquillar la mentira. Conocí a Bastenier en el máster de periodismo, año 1991. Fue nuestro maestro y de todas las promociones siguientes. Si los alumnos que han pasado por la escuela debieran elegir uno y sólo uno de entre los profesores, ganaría por mayoría abrumadora. En mi caso, también mencionarían de aquella época a Jesús de la Serna, Ángel Santacruz, Raúl Cancio, Carlos López Tapia, Macu de la Cruz, Juan Cruz, Rafa Fraguas y Álex Grijelmo... Y a nuestra querida Meli, entonces jefa de estudios, a cargo de los polluelos, junto a Raquel y a Mariví. Eran otros tiempos. Bastenier se dedicó a volar con dinamita intelectual nuestros prejuicios veinteañeros desde el minuto uno. No había tiempo que perder. Nos obligó a pensar simultáneamente sobre la cara y el reverso de todas las cosas. Nos extirpó la primacía del idealismo a base de *realpolitik* y nos colocó de frente a la realidad. Tartamudeaba un poco. Yo lo imitaba y le hacía su gracia. Lo que no le conté es que seguí haciéndolo toda la vida, pero no a base de gestos paródicos baratos, sino como modelo de enseñanza. Si a alguien he querido acercarme en mis clases ha sido a él. Así que estos días me invade una pena y esta pesa sobre quienes tuvimos el privilegio de ser sus discípulos. Los que nos hemos dedicado también a enseñar seguro que vamos impregnados de algún rasgo de su estilo. Supo alertarnos para huir de los destellos, los deslumbramientos fáciles, los espejismos. Se empeñó en enseñarnos a buscar el fin oculto de cada verdad. La multiplicidad de factores que pueden explicar

un simple hecho. Aplicaba a su método un personalísimo genio que lo distinguía del resto. Era directo, ajeno al convencionalismo, imprevisible, provocador, libérrimo, muy gracioso. Se nos va cuando necesitamos voces y coces como las suyas. El periodismo que ejercemos hoy ha capitulado a la hora de ahondar en la complejidad de las cosas para rendirse al baratillo de las ansiedades y las gangas de audiencia. Justo un día después de su muerte leo en internet: «Esta mujer cuenta cuál ha sido su experiencia tras un año sin depilarse». Con la que está cayendo: ¿tenemos derecho a desviar la atención de seres inteligentes en tamaña chorrada digna del *Pronto*?

Voláis ya

Voláis ya.
Queda tan poco tiempo
para que dejéis la casa...

Y, sin embargo,
el presumible vacío,
me llena de consuelo...

Quizá porque, de cada mañana,
sé que extraeré una esperanza
para preparar vuestro constante regreso.

2 de mayo

Apenas acabo de escanear los papeles de Cristina para su beca Erasmus en Zagreb. Se va en septiembre, al menos cinco meses. Pareciera que el hecho se ha producido a posta para cerrar este, su cuaderno. Me quedan tres hojas por rellenar y serán las de un presentimiento de despedida. Se va ilusionada con su beca. Vale pensar que Croacia la hubiera estado llamando. Hay casualidades que no se nos escapan, ha recalado en aquel país dos veces ya en su corta vida. La primera en su itinerario de Interrail. La siguiente, por elección. Será su primera salida de casa seria. Su primer gran alejamiento de su hermana y de todos nosotros. Vislumbro ya el vacío que traerá sin su alegría, sin su dosis tan generosa de cariño diario, sin su compañía y nuestros desahogos. Su madre y yo anduvimos toda su vida preparándolas para este desenvolvimiento por el mundo. Para que viajaran, ensancharan horizontes, vivieran en otros países. Para que forjaran una tolerancia férrea, con sus desafíos y sus desilusiones. Pero llega el momento y ruedan las lágrimas. Al menos he cumplido con su encargo y su regalo envenenado. Este cuaderno que estoy a punto de entregarles a ambas, con nervios y esperanza. Es suyo el manuscrito. No sé si son conscientes los hijos de la obsesión de los padres por estar a la altura. En mi caso, representan un motor para mejorar como ser humano. No creo que haya sido un padre ejemplar, ni mucho menos. Ha sido hondo el trauma de la separación. Con el tiempo, las heridas, una firme voluntad de ofrecerles otro hogar y la ayuda tremenda –nunca estaré suficientemente agradecido por su paciencia con nosotros tres– de Věra, hemos vuelto a construir otro espacio digno. Sólo espero que allí donde estemos les sea grato siempre acompañarnos, volver, hacerlo suyo. Creo que ambas son conscientes de mi empeño en crear lazos de amor y familia. Recibo pruebas de eso constantemente. Forjamos una alianza difícil de romper. Su nivel de tolerancia me abrumba, incluso. No deja de asombrarme. Ellas representan un núcleo para mi sentido vital. Una razón de vida. Escrito queda.

Este cuaderno representa el legado, el motor creativo que son capaces de despertar constantemente en mí. Soy escritor, de manera muy esencial, por su impulso, en gran medida. Gracias es una palabra demasiado limitada para expresar cuánto les debo.

Índice

Viernes, 21 de octubre

Ligero

22 de octubre

Frontera

23 de octubre

Lluvia

26 de octubre

Ellos

29 de octubre

Política

30 de octubre

Una llama

31 de octubre

Cumpleaños

3 de noviembre

Hola, odio, buenos días

9 de noviembre

Gracias

15 de noviembre

Pasado

19 de noviembre

Síntomas

23 de noviembre

Presente

28 de noviembre

Los nombres

1 de diciembre

Bagaje

2 de diciembre

Domingo con Schubert

4 de diciembre

Sombra

6 de diciembre

Salgo de viaje

13 de diciembre

Arequipa

18 de diciembre
Puentes
24 de diciembre
Metamorfosis
27 de diciembre
Navidad
31 de diciembre
Año Nuevo
4 de enero
A vista de pájaro
14 de enero
Praga / Invierno
17 de enero
Dolni Beeva, helada
21 de enero
Vuelo
26 de enero
Maduro
28 de enero
Tarde
31 de enero
Berria
5 de febrero
Lecciones de arena mojada
10 de febrero
Donde Federico
11 de febrero
Ansia
16 de febrero
Córdoba, otra vez
20 de febrero
Sokolov
21 de febrero
Raval
23 de febrero
Sueños
1 de marzo
Escuchando a Berlioz
2 de marzo
¿De qué va este poema?
8 de marzo
Frágil
12 de marzo
Perianes
30 de marzo

Semana Santa

3 de abril

Lula

7 de abril

Tiempo

8 de abril

Tirso de Sabina

13 de abril

Yo quería ser...

18 de abril

Gravedad

19 de abril

Paisajes

28 de abril

Maestro

Primero de mayo

Voláis ya

2 de mayo